

EL COLEGIO DE MÉXICO

# Boletín 108 Editorial

MARZO-ABRIL DE 2004

En el centenario de Gilberto Owen

*El establecimiento  
del federalismo en México*

*Lorenzo Meyer*

*Sobre Género y violencia*

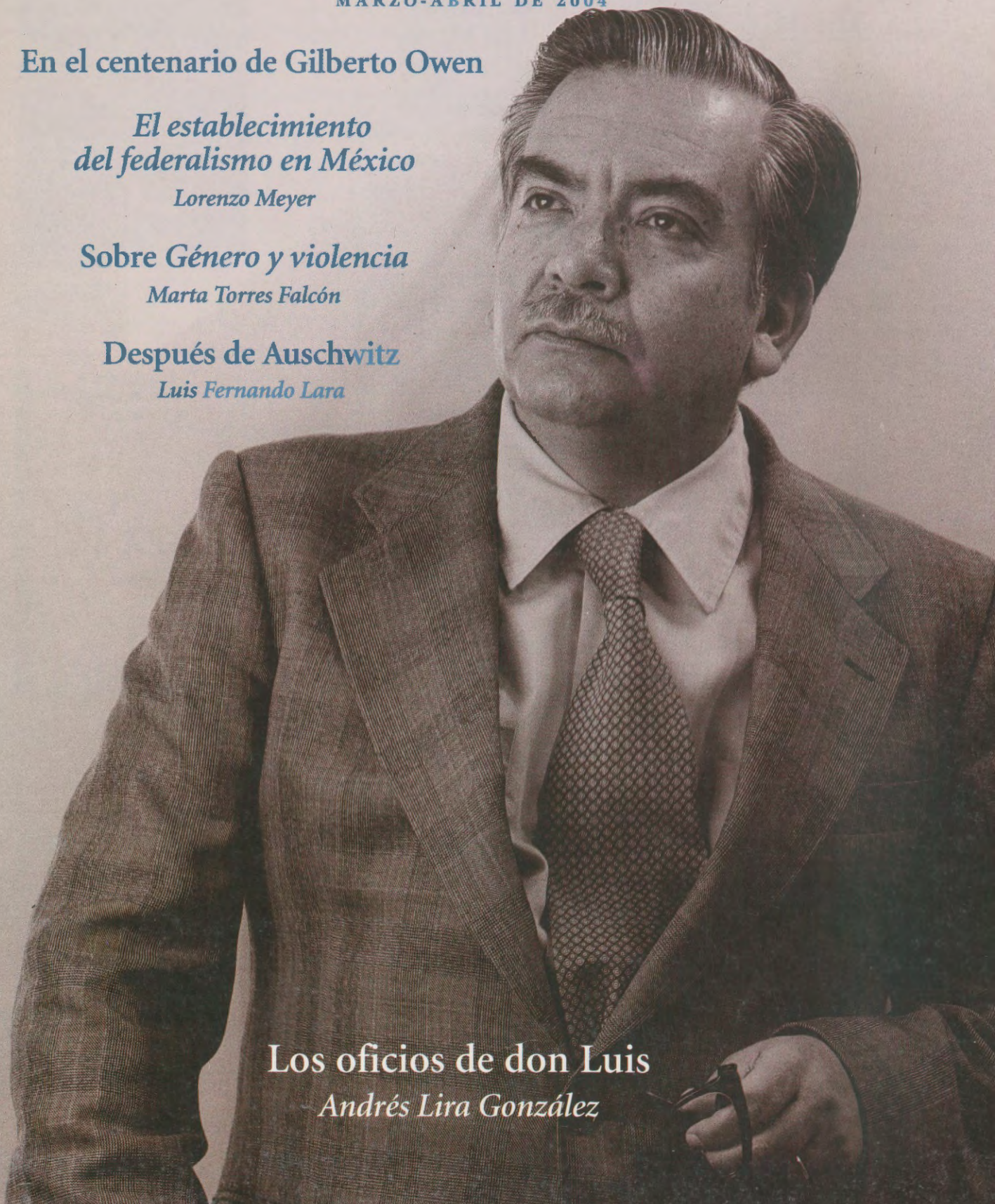
*Marta Torres Falcón*

*Después de Auschwitz*

*Luis Fernando Lara*

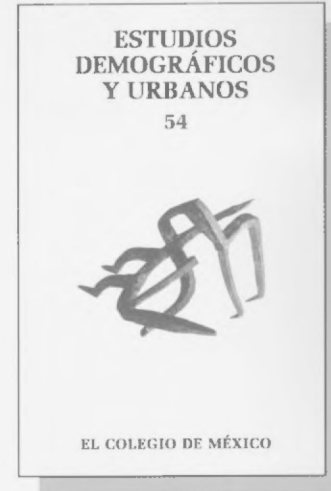
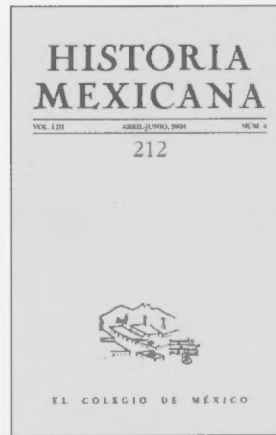
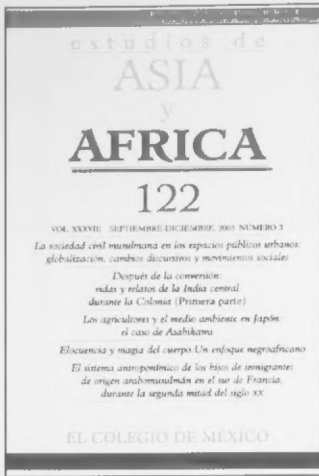
Los oficios de don Luis

*Andrés Lira González*





# PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.

Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx



# ÍNDICE

Los oficios de don Luis

■ Andrés Lira ■ 3

*El establecimiento del federalismo en México*

■ Lorenzo Meyer ■ 7

Sobre Género y violencia

■ Marta Torres Falcón ■ 11

Después de Auschwitz

■ Luis Fernando Lara ■ 15

“Discurso del paralítico”, un poema de Gilberto Owen

■ Antonio Cajero ■ 19

*Novela como nube*

■ Celene García Ávila ■ 25

Ilustraciones de interiores tomadas del libro:

*PUEBLO EN VILO*

Edición de 1995, El Colegio de Michoacán

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■  
Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■  
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de Promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 108, MARZO-ABRIL DE 2004

■ Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Diagramación y formación EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ ■

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.







## Los oficios de don Luis

Luis González y González (San José de Gracia, Michoacán,  
13 de octubre de 1925-13 de diciembre de 2003)

Más de una vez Luis González dio razón de su oficio y beneficio. La introducción a la primera edición de *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* (El Colegio de México, 1968, pp. 11-26), “La pasión del nido” (*Historia Mexicana*, vol. xxv:4(100) (abr.-jun.), 1976, pp. 530-598), *El oficio de historiar* (El Colegio de Michoacán, 1988) y, sobre todo, como relato intencionalmente autobiográfico, “Minuta de un viaje redondo” (en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d’Etudes Mexicaines et Centramericaines, 1993, pp. 57-81) son páginas que nos dejan sin qué decir. El autor de obituarios cumple bien al remitir a los lectores a esos textos y, para quienes quieren más, a la riquísima bibliografía de Luis González que habrá de ponerse en circulación por editoriales de instituciones beneficiarias de su obra.

Sin embargo, la gratitud obliga a valorar su presencia al destacar aquello que, a riesgo de entrar en desacuerdo con colegas y discípulos, nos parece el rasgo sobresaliente de su obra: el optimismo intelectual como factor del conocimiento, algo que está presente en su primer trabajo publicado y que se hallaría en otros escritos, concretamente en los que habló de su labor de fundador y director de instituciones académicas.

En efecto, su primer texto de alcance mayor (nada sabemos hasta ahora de los pininos en periódicos y revistas del bachillerato y de los dos primeros de estudios de derecho en Guadalajara) se llamó “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”; fue un trabajo de clase para el curso de Historiografía de América que impartió Silvio Zavala en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México en 1946, año en que se incorporó al Centro el veinteañero Luis González, recién recluta-

do en Guadalajara. Traía en su haber experiencias de su San José de Gracia, del servicio militar que cumplió acuartelado en México, y estudios de preparatoria y primeros cursos de derecho, de lo que da cuenta en la “Minuta de un viaje redondo”. “El optimismo nacionalista...” se publicó dos años después en *Estudios de historiografía americana* (El Colegio de México, 1948, pp. 153-215). Es evidente que el trabajo fue corregido y quizá reelaborado para la publicación, pero aun así sorprende la madurez alcanzada por un joven historiador que con escasos 23 años dio a la prensa las páginas de un estudio que ganó justa celebridad y que mucho después el mismo autor se encargó de minimizar y entregó la obra en una versión abreviada y sin aparato erudito (“El optimismo inspirador de la independencia”, en Luis González y González, *La magia de Nueva España, México*, Clío, El Colegio Nacional, 1995, pp. 129-147, “Obras Completas de Luis González”, III). Como quiera que sea, la versión original está ahí como muestra de oficio académico y, sobre todo, de una actitud que definiría el quehacer del estudioso y del maestro de historiadores.

La actitud optimista es patente para quienes tuvimos la suerte de tratar a Luis González y compartir con él algunas de sus empresas, señaladamente los trabajos y los días de El Colegio de Michoacán, fundado en enero de 1979 y formalmente presidido por él hasta mayo de 1985, en que entregó la presidencia al terminar el primer sexenio de la institución que acaba de cumplir sus primeros 25 años. Esa actitud se dibuja más claramente cuando recordamos la forma en que José Gaos apreció “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”, en un curso de Filosofía de las Ciencias Humanas impartido en el segundo semestre de 1964 en el auditorio de El Co-





legio de México, situado entonces en el número 125 de la calle de Guanajuato.

En su magistral análisis fenomenológico de las ciencias del hombre, Gaos advertía que la ciencia se ofrecía como cuerpo de expresiones verbales, y para ilustrarlo con un ejemplo cercano tomó el susodicho artículo de Luis González, cuyo texto analizó frente a regocijados oyentes entre quienes se encontraba el autor, preocupado por las deficiencias que temía fueran a resultar de tan riguroso análisis.

No fue así, el texto cumplió cabalmente con la exigencia de las ciencias humanas, materia de exposición en las lecciones anteriores del curso, y hubo más: Gaos mostró cómo en las ciencias del hombre es más difícil, y en la historiografía prácticamente imposible, abstraer o separar al sujeto cognoscente del objeto conformado por el conocimiento; advertía que en el caso concreto del texto analizado el optimismo y sus consecuencias sólo podían destacarse por quienes que por su actitud fueran capaces de concebirlo y comprenderlo para verlo actuar en la procura de la independencia. Así, para estudiarlo como lo había hecho Luis González en la historia de México, era

menester partir de una concepción optimista de la patria, algo que no ocurrió ni ocurriría, según Gaos, en Puerto Rico, ejemplo cercano para él entonces, debido a los dos últimos viajes a la isla (donde dictó cursos y conferencias memorables).

Sea lo que fuere, nos parece que Gaos dio de lleno en la personalidad de Luis González, un optimista capaz de superar los temores del crítico agudo que fue y salvar su obra de la que, sin el optimismo, hubiera sido implacable censura (maestros recordamos, nombres no decimos). Fue este impulso el que le llevó a definir ese personal estilo que se manifestó plenamente en *Pueblo en vilo* y cuya formación hay señales claras en el primer libro compuesto y en gran parte escrito por Luis González: *La República restaurada. Vida social* (Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República restaurada. Vida social*, por Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy, México, Buenos Aires, Hermes, 1956). El lector de esta obra hallará en el amplio texto de Luis González el lenguaje suelto que se definió años más tarde a costa de desvelos y de superación de temores, pues Luis González era nervioso, aunque no lo pareciera. Que se enfermó de veras cuando iba a entregar a don Daniel el texto de la vida social de la República restaurada, nos lo platicó en alguna de esas conversaciones, en las que dejó ver que la seguridad se gana a costa de muchos miedos y con la ayuda indispensable de la crítica y corrección constantes.

En 1967, cuando se discutió el manuscrito de *Pueblo en vilo*, anunciado entonces como "Historia universal de San José de Gracia", Luis González confesó su temor a tres críticos: Antonio Alatorre, José Gaos y Daniel Cosío Villegas. Los tres resultaron entusiastas partidarios de la obra, sobre todo frente a la crítica de Rafael Segovia, quien apuntó los excesos de un lenguaje personal, a lo que Gaos respondió señalando que la obra debía publicarse tal como estaba, pues era inconcebible sin aquel lenguaje que daba idea del conocimiento personal, de la historia que estaba en la preocupación y en la ocupación del autor.

Lo cierto es que ese estilo personal se venía definiendo, pero cuajó gracias a que el autor contó con el tiempo y el ambiente familiar pleno. Fue un año sabático, de 1966-1967 (siete meses en realidad) en San José de Gracia en el que se decidió a dejar de lado un estudio sobre las crónicas de la conquista de la Nueva España, prometido hacía mucho tiempo, para entrar de lleno en lo que tenía enfrente y le reclamaba toda su atención. En este quehacer fue definitivo ese orden, posible sólo cuando se sabe un dueño del espacio, de los días y de un tema propio, y cuan-



do se cuenta con la crítica y corrección oportunas que da un cauce seguro al entusiasmo. De esto nos habla en la introducción a la historia universal de San José de Gracia que vino a llamarse *Pueblo en vilo* por sugerencia, según platicaba, de Víctor Urquidí en el escrutinio de una lista de muchos posibles títulos.

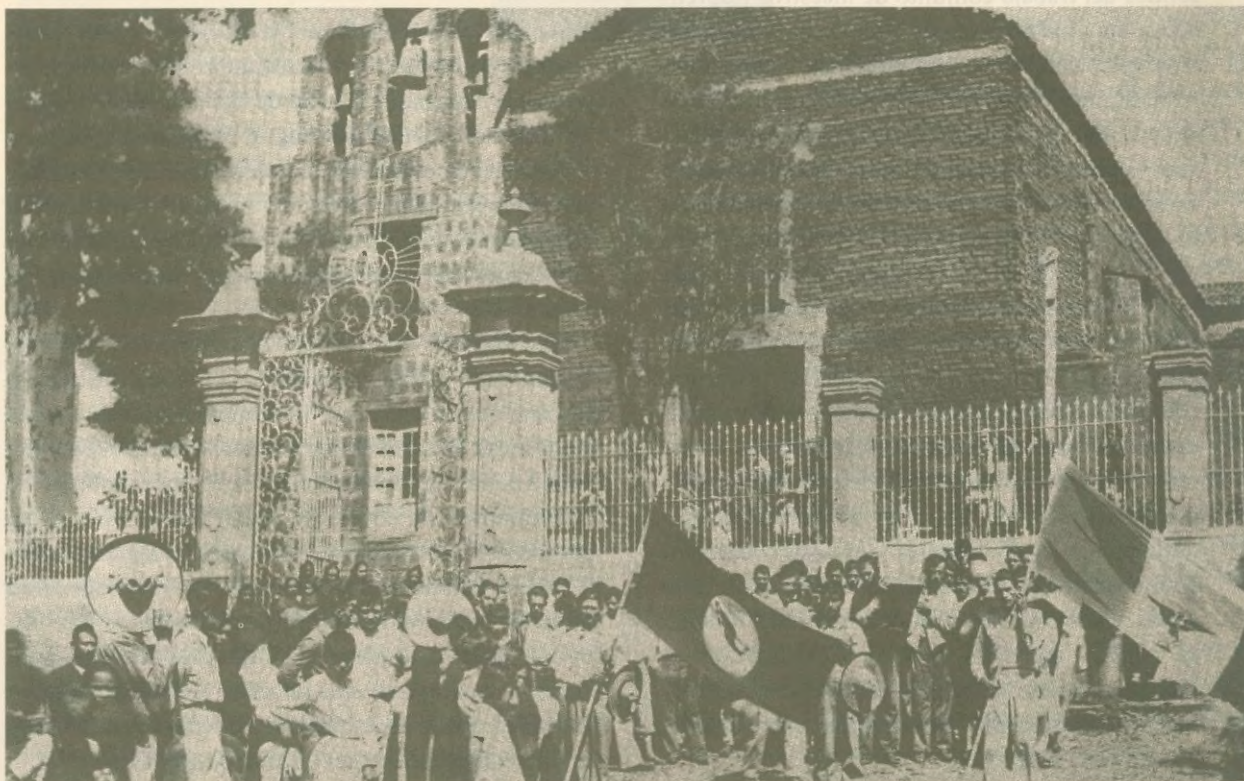
No puedo dejar de citar el párrafo en el que describe la jornada del historiador que “sin proponérselo, había cumplido más de 35 años”.

Desde el cuarto de trabajo se divisa el panorama de los techos de teja, las torres de la parroquia, el jardín, la montaña de Larios y el cielo azul desde que renacen cada día. Junto y escribo en el sosiego de la madrugada; de las cuatro a las nueve. En la tarde, Armida toma las hojas escritas por la mañana; corrige deslices, propone enmiendas, mete mano en todo lo que considera indispensable y se pone a teclar. A causa de Armida no me siento responsable único de estos apuntes (p. 24).

El regreso a México en 1967 fue difícil. En la ciudad era imposible recuperar la continuidad en el trabajo propio. La reaclimatación fue posible a costa de insomnios, más que de madrugadas, y de una reasunción de la enseñanza cada

vez más escéptica. Luis González decía que para formar historiadores había que partir de la vocación manifiesta en la investigación; los cursos eran convenientes, pero no indispensables; en todo caso, debían formar parte del diálogo continuo que podía darse en el café, en el parque, en la calle, pero eso sí, siempre antes o después de ejercitarse practicando diariamente de tres a seis horas una intensa y saludable gimnasia intelectual, tal como lo recomienda en *El oficio de historiar*, que vino a ser, según él, la puesta en claro de los apuntes de clases impartidas a lo largo de muchos años en la Universidad Nacional, en la Iberoamericana, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en El Colegio de México y El Colegio de Michoacán. Tengo para mí que este libro es expresión del quehacer más continuo de Luis González, *el oficio de optimar*. Para ejercerlo a plenitud construyó taller aparte, El Colegio de Michoacán.

Puede el lector de *El oficio de historiar* darse cuenta de la trama optimista, a veces desconsideradamente optimista, de la obra cuya primera edición se terminó de imprimir el 19 de marzo de 1988, justo al cumplirse los 100 años de San José de Gracia en cuyo festejo andaba don Luis. El don lo ganó como empresario académico en Zamora, Michoacán, donde logró convocar y hacer crecer a una comunidad intelectual ejemplar por muchos conceptos y de la cual dio razón en textos que revelan ese oficio de optimar. Se trata





de los informes que rindió ante la Asamblea de Socios Fundadores y la Junta de Gobierno de El Colegio de Michoacán y de otros escritos muy significativos, en los que ponderaba la excelencia de su empresa, de los trabajadores y de las posibilidades, proponiendo un modelo a seguir. El Colegio de Michoacán, se inspiraba en “El estilo Colmex de estudios superiores”, como lo llamó en un escrito de circunstancia, por demás significativo, pues sobre la corta experiencia de menos de tres años de El Colegio de Michoacán (se trata de una ponencia que presentó en 1982), lanzaba un mensaje prometedor, contrarrestando los anuncios de recortes y cancelaciones presupuestales que amenazaban a los Colegios nacientes y a todas las instituciones académicas. Enunciaba todo un proyecto y lo afirmaba así:

Concibo los colegios de investigación futuros de cortas proporciones, bien amparados desde el punto de vista económico, sin otra dependencia del poder que la económica, repartidos en las diversas regiones de la República, con abundantes bibliotecas y equipos técnicos, como una fuerte corporación de alumnos y docentes de tiempo completo, con el participio de estudiantes en las tareas investigativas y aún en las administrativas, con planes de estudio sólidos del trabajo conjunto de maestros y aprendices, con muchas horas de biblioteca, archivo, trabajo de campo y discusión, en abundantes publicaciones y poco ruido. No por corta la tradición de El Colegio de México [andaba entonces en sus 42 años] deja de ser digna de continuidad. La buena experiencia del estilo Colmex de vida universitaria ha sido tan fértil que no se puede prescindir de ella en el futuro próximo. Por eso imaginamos, para bien de las ciencias del hombre en México, a este país muy bien surtido de colmexes, de colegios en cada uno de los estados de la República, pequeños, confortables, libres, con buenas bibliotecas y unidades de cómputo, en estrecha relación con su entorno, en perpetua armonía de maestros, discípulos y administradores, sin tabúes en la investigación, interdisciplinarios, dialogantes, con dosis convenientes de aislamiento y comunicación, de pensamiento y vida. (Luis González y González, *El estilo Colmex de estudios superiores*. México, Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, “Pensamiento universitario”, 57, noviembre de 1982.)



Y en ese tono, matizado por la ocurrencia y circunstancia de los hechos, escribió los seis informes anuales que leyó ante la Asamblea y la Junta de Gobierno de El Colegio de Michoacán; ponderando logros y posibilidades lograba el consenso de quienes le apoyaron desde un principio y aún el de algunos malencarados funcionarios que llegaban con ánimo de cortar y fastidiar, o simplemente de que no se hiciera nada, como suele ocurrir en muchas partes de nuestro país.

Mucho podría decirse sobre los avatares de la administración, cada vez más complicada por obra de exigencias externas que en nada han beneficiado a las instituciones académicas. Pero sin obviar este problema, más bien con ánimo de superar obstáculos, proponemos la publicación de los informes de labores que rindió Luis González como presidente de El Colegio de Michoacán. Veríamos en ellos la prueba fehaciente del optimismo que le atrajo como objeto de estudio en su primer trabajo histórico, y que inspiró su quebacer de concertador de voluntades y posibilidades. El conjunto de esos informes y de otros textos en los que dio razón de su empresa académica pone en claro su indiscutible maestría en el *oficio de optimar*. €



# El establecimiento del federalismo en México (1821-1827)

La obra que hoy nos congrega para su discusión, es un trabajo colectivo, resultado de la colaboración de 22 historiadores especializados en el México político de inicios del siglo XIX. No es este el primer trabajo de esta naturaleza que coordina Josefina Vázquez, en realidad algunos de los participantes en el libro que hoy presentamos ya habían aparecido en uno anterior coordinado por la profesora Vázquez y donde se aborda un tema que la obsesiona, me refiero a *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, 1846-1848*, (México: FCE, El Colegio de México, SER, 1997).

La forma de abordar los grandes temas de estas dos obras parte del reconocimiento de un hecho evidente: a un solo investigador le tomaría muchos años o le sería imposible dominar a fondo todos los hilos de la trama y en toda la geografía mexicana de asuntos tan amplios como son las particularidades de un federalismo que apenas se estaba conociendo y poniendo en práctica en un territorio tan grande y con estructuras productivas y sociales tan diferentes como el mexicano al inicio de la vida independiente. Igualmente, para un solo investigador sería un trabajo de toda una vida dominar al detalle cómo hicieron frente los mexicanos en su conjunto y los diferentes grupos de poder nacionales y locales, a las exigencias creadas por una guerra que no afectó directamente a todo el conjunto social de un país que, en 1847, estaba muy mal enmarcado por una estructura estatal apenas en formación y que, peor aún, estaba muy lejos de poseer los atributos de una verdadera nación.

Quien considere importantes los temas del federalismo inicial en México o la naturaleza de la guerra mexicano-



americana, pero disponga de un tiempo limitado para abordar temas tan complejos, la alternativa es la que siguió Josefina Vázquez en ambos casos: armar un equipo con aquellos investigadores que por años han estado trabajando algunas de las varias –muchas– partes del gran rompecabezas y diseñar un plan que lleve a cada especialista a profundizar en el tema que mejor domina. Y el resultado de esta estrategia de investigación es el que tenemos a la vista.

El libro que hoy se presenta es un estudio de los inicios del federalismo mexicano en lo que hoy son 18 estados de nuestro país (tómese en cuenta que uno de los capítulos abarca la región que hoy ya está constituida por dos estados), pero precedido de varias miradas al conjunto en temas específicos. Para empezar, está la necesaria visión general –la de la coordinadora– más tres temas igualmente generales: la organización política territorial previa, la colonial, que es la base material del federalismo que iba a nacer; luego el federalismo inicial, el punto de partida, que es el que se discutió en las cortes españolas entre 1810 y 1821 y del que los líderes mexicanos tomarían un buen número de temas y de enfoques; finalmente, el papel del primer Poder Legislativo nacional, la manera en que los congresos enfrentaron este asunto de la relación entre los estados o provincias y lo que había de gobierno central. Luego viene el grueso del trabajo: el estudio particular de los estados. Esa es la estructura de la obra colectiva.

Como todos sabemos, el federalismo mexicano es un gran tema que se puede descomponer en una multitud de agendas específicas, agendas que se han ido modificando con el paso del tiempo. Pero en el caso mexicano, y no





obstante el paso del tiempo, hay una constante: la relación política entre el centro y la periferia ha sido muy difícil, contradictoria y en varios momentos, francamente conflictiva. En ciertas coyunturas, sobre todo en el siglo XIX, la tensión centro-periferia ha puesto en duda la viabilidad del conjunto y en cualquier caso, y hasta el día de hoy, constituye un tema o problema que no hemos logrado resolver, o al menos no resolverlo bien. En la actualidad, cuando nos estamos adentrando en una nueva etapa en la modernización política y en la democratización de México, los sistemas políticos estatales están metidos de lleno en el proceso de trasladar hacia los poderes de los estados y de los municipios, algunas de las facultades que la vieja presidencia autoritaria y centralista había acaparado. En principio, ese acaparamiento, cuando se dio —en el porfiriato o tras la consolidación del régimen que nació de la Revolución mexicana— se justificó como la única alternativa para mantener unido al todo nacional, para lograr la coordinación mínima en defensa del interés general que amenazaba con ser sepultado por los intereses —o egoísmos— locales. Y esos intereses locales casi

siempre han sido los de las élites u oligarquías de la zona. Hoy, el traslado de poderes y recursos del poder federal a los estados es, en principio, una idea buena y necesaria, pero no está exenta de peligros. Hay que trabajar los detalles para evitar que el autoritarismo que se perdió en la presidencia no se vuelva a recrear en ciertos estados donde, por su atraso relativo, tal situación no sólo es posible sino casi segura. En cualquier caso, hay que evitar que el nuevo intento de encarrilar por el buen camino a nuestro federalismo vuelva a fallar, y una manera de hacerlo es conocer la historia de lo ocurrido en el trayecto, desde el inicio. Y la lección del inicio es la que está en este libro, un federalismo mal llevado puede desembocar en la debilidad del conjunto. En ciertas coyunturas particularmente difíciles, esa debilidad llevó a la catástrofe, como ocurrió en el 47. Y es aquí donde se ve la unión o, mejor dicho, la unidad de los dos volúmenes imaginados y coordinados por Josefina Vázquez.

Para esta presentación, lo más adecuado es ir de la visión general, de las grandes líneas, a lo particular. En teoría, el México colonial era una estructura centralizada, y justa-



mente en contra de esa organización iban a reaccionar un buen número de los hacedores del México independiente, como el inigualable e iconoclasta fray Servando Teresa de Mier. Para ellos, y de manera natural e inevitable, centralismo era igual a despotismo, a imposición a lo caduco. Sin embargo, Josefina Vázquez sostiene, apoyándose en Horst Pietschmann, y cada uno de los estudios de caso de la obra lo prueban, que, de hecho, en la colonia, las oligarquías provinciales habían logrado, casi desde el inicio, una buena dosis de autonomía debido, en primer lugar, a la difícil geografía del país, al aislamiento regional, pero también a la debilidad fiscal de la Corona, una debilidad que le obligó a delegar en los poderosos locales una parte sustantiva de los deberes y privilegios del Estado, en particular la recolección de los impuestos. En teoría, en el inicio del XIX mexicano el federalismo era algo nuevo, pero en la práctica, no, al menos no tanto: ya se había vivido con otro nombre.

La idea federal que las presiones e intereses de las provincias impusieron en el México posterior a la caída de Iturbide tiene su inspiración principal en los desarrollos políticos que tuvieron lugar en España tras la invasión napoleónica y no, como algunos insistieron durante un tiempo, en el federalismo norteamericano aunque, desde luego, ese modelo norteño se conocía y se tuvo presente al darle vida al mexicano. Ahora bien, la idea federal que se desarrolló en España al inicio del siglo XIX estuvo parcialmente influida por las ideas y propuestas de los representantes americanos que acudieron a la metrópoli en ese turbulento período de la invasión francesa, entre ellos, algunos mexicanos.

La hipótesis que recorre todo el libro que hoy se presenta es que si bien en la época colonial funcionaba una “federación clandestina”, la invasión napoleónica de España y luego la independencia hicieron emerger con toda fuerza lo que estaba latente. En realidad, el país no se adaptó a una propuesta realmente nueva de organización; por el contrario, el federalismo abierto, constitucional, se discutió y se adoptó a un país que ya lo demandaba. Y cada caso particular tratado en este libro —Yucatán, Jalisco, Zacatecas, Oaxaca, Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Estado de México, Puebla, Veracruz, Tlaxcala, Sonora, Sinaloa, Chiapas y Tabasco— es la corroboración de esa hipótesis.

La soberanía resultó ser un elemento muy importante en la conformación de la primera federación mexicana. Al desaparecer tan abruptamente el rey español de la escena en 1808, el asunto de en quién residía la soberanía que él había perdido fue central tanto en Cádiz como después dentro de México. La fuerza que para entonces habían adquirido los

intereses locales —las oligarquías provinciales o estatales— y la debilidad política y económica del centro nacional, llevaron a choques entre el congreso nacional y los estados. El proceso desembocó en un federalismo radical, distinto al norteamericano, al menos en teoría, pues se declaró que la soberanía residiera en los estados, no en el conjunto, no en el congreso nacional. Así, en 1823, surgió el “Estado libre, independiente y soberano de Jalisco”, y el ejemplo cundió. La sangre no llegó entonces al río, pero fue necesaria la presencia del ejército nacional en Jalisco y otros estados, para obligarles a reconocer la superioridad del todo frente a las partes.

Al final de cuentas, ese todo salió muy debilitado, especialmente en el tema que aún hoy se sigue discutiendo acaloradamente: el fiscal. Los estados con su control de alcabalas e impuestos y sus milicias estatales desarrollaron una especie de juego suma cero con el gobierno central: lo que ganaban los estados lo perdía el Ejecutivo. Pero otro juego no muy distinto se dio entre los gobiernos de los estados y el otro polo de poder local: el municipio; empezó entonces la proliferación de los municipios, del puñado original, los intereses locales insistieron en multiplicarlos como hongos. Y si a las pugnas gobierno central-gobierno estatal-gobierno municipal se le suma el surgimiento de facciones políticas a nivel nacional —borbonistas, iturbidistas, republicanos y, luego, yorkinos, escoceses, etc.— más la falta de comunicaciones, entonces ya se puede tener una idea cabal de la fragmentación mexicana al inicio del siglo XIX.

Mal negocio era para un México que en su comienzo no tenía los elementos indispensables para funcionar como una nación, que hubiera tantas tensiones políticas entre sus élites, pero el panorama se hace más sombrío si se consideran las amenazas externas que finalmente se materializaron. Definitivamente, el arranque en la formación del Estado mexicano empezó mal pero luego se pondría peor antes de que pudiera mejorar. En cualquier caso, el problema aún no está resuelto.

Este libro está dedicado a examinar el tiempo inicial del federalismo mexicano. Y ese inicio es en muy buena medida el tiempo de las tensiones y disputas entre quienes podían y querían dirigir los destinos políticos de México. La atención está centrada por tanto en los intereses y acciones de las élites económicas, políticas, militares o intelectuales. Sin embargo, conforme el tiempo pasó se fueron añadiendo otros actores más populares y fue entonces cuando los pueblos indígenas encontraron un nuevo espacio de maniobra, aunque al final aún no está claro si fue para bien o para mal. En cualquier caso, ese “federalismo popular” debe ser tema de otra obra. €



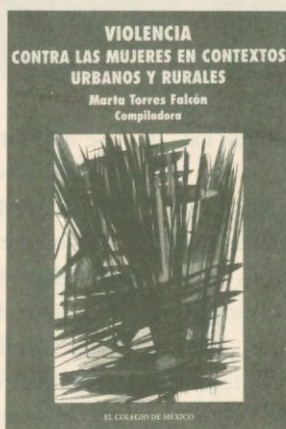




## Sobre Género y violencia

La violencia es un fenómeno complejo y multifacético que suele abordarse desde perspectivas particulares y en situaciones acotadas. En los últimos años han proliferado estudios específicos sobre determinados tipos de violencia y más recientemente se han intentado abordajes multidisciplinarios. El libro *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos rurales* pretende cubrir un espectro amplio de la problemática social abordada: los distintos rostros de las agresiones de género en México. La tarea no parece ser precisamente sencilla, y desde luego habría sido imposible si el esfuerzo no fuera colectivo. Sin embargo, los doce artículos reunidos en el volumen ofrecen mucho más que un panorama general; se trata de investigaciones originales desarrolladas en diversos lugares del país, cuyos hallazgos aportan nuevas luces a viejas interrogantes y abren nuevas vetas para el análisis.

La primera sección está dedicada a los crímenes de odio perpetrados en Ciudad Juárez. Un artículo analiza el feminicidio y la marginalidad urbana y subraya cómo el género se articula con otras variantes para colocar a las mujeres como blanco indudable de la violencia masculina. El feminicidio es una expresión paradigmática de esa violencia, entre otras cosas porque existe una cierta condonación social. El otro texto contiene un homenaje a las mujeres asesinadas a partir de una serie de reflexiones en torno a los planteamientos de Tzvetan Todorov en *Frente al límite*, la intención manifiesta es encontrar un sentido a esas muertes, “detener el diluvio de cadáveres” y “recordarlo y contarle todo para que su existencia conserve su sentido”.



Sin duda es una tarea ardua y difícil la de investigar sobre los asesinatos de Juárez. ¿Cómo lograr transmitir el horror de una serie de crímenes despiadados sin rozar el amarillismo? ¿Cómo lidiar con el dolor, la angustia y la impotencia de víctimas y familiares, al tratar de armar ese rompecabezas de la violencia y la sinrazón? Los textos mencionados no agotan la problemática de Ciudad Juárez, pero sí contribuyen al conocimiento de esa sociedad con tan alto grado de anomia, y dan cuenta de los extremos a los que se puede llegar cuando hay un colapso del estado de derecho y la impunidad extiende sus dominios.

El segundo eje de análisis se refiere a la violencia contra mujeres embarazadas. En algunos trabajos de investigación, a principios de los noventa, cuando los estudios de prevalencia en distintas partes del mundo arrojaban cifras alarmantes, se confirmaba que la violencia de género era un fenómeno universal que no conocía fronteras geográficas, económicas ni culturales, y se comentaba, con un ligero titubeo, que el factor de riesgo era ser mujer. Sabemos que en situaciones de violencia social y conflicto armado las mujeres están en un riesgo mayor, pero también sabemos que aun en condiciones de paz, orden y civilidad, el solo hecho de ser mujeres implica riesgos para la salud y la vida, principalmente en el hogar. Sí, ser mujer puede ser un factor de riesgo; estar embarazada incrementa notoriamente ese riesgo y además genera una situación circular, porque la violencia ejercida contra mujeres embarazadas es en sí misma un factor de riesgo en la maternidad. En esta sección se abordan dos aspectos claramente vinculados: la vivencia del maltrato durante el embarazo, que mina la





salud y llega a producir la muerte, y la respuesta de los médicos ante la violencia.

Los artículos se ubican en distintos contextos (Chiapas y Morelos, respectivamente) y los resultados no pueden extrapolarse. Sin embargo, ambos son muy ilustrativos de la magnitud, los alcances y repercusiones que tiene la violencia en la vida cotidiana.

Las mujeres rurales son el foco de atención del tercer apartado. Un primer texto aborda la perspectiva de la medicina tradicional en una zona indígena, con énfasis en las respuestas terapéuticas que parteras y curanderas han sido capaces de formular ante una problemática hasta ahora ignorada por la medicina institucional. El otro artículo se refiere al nexo existente entre la violencia de género y la experiencia migratoria; analiza los cambios que se dan en la organización y dinámica familiar y los contrastes en las relaciones entre los sexos en el lugar de origen (una zona indígena mestiza con fuerte tradición agrícola) y el de destino (Nueva York y Los Ángeles).

En la sección cuarta se abordan los efectos, durante mucho tiempo enterrados en el silencio y la invisibilidad, de la violencia psicológica y la violencia sexual, esta última sufrida en la infancia. Desde la psicología se estudian, en un primer texto, los efectos y alcances del maltrato del compañero íntimo que no recurre a los golpes. Incluso la definición de estas acciones como violentas es muy reciente, porque tradicionalmente se pensaba que toda violencia dejaba una huella —las más de las veces visible— en el cuerpo de la víctima. El concepto se ha ampliado para analizar no sólo en qué consiste

ese maltrato sino también, y de manera destacada, los efectos emocionales en la persona ofendida. El otro artículo se sitúa de lleno en el espacio psicoterapéutico y nos ofrece una comparación entre dos modelos de abordaje de un problema que suele ser largamente silenciado: el abuso sexual en la infancia.

En la quinta sección se aborda la problemática relación entre derecho y violencia que, como el título indica, es arma de doble filo. El primero de los tres artículos incluidos en este apartado ofrece un panorama general de la violencia de género como una transgresión a los derechos humanos y da cuenta de las dificultades teóricas y los obstáculos que la práctica jurídica impone para el ejercicio pleno de estas prerrogativas. Los otros dos artículos abordan los sinuosos caminos que las mujeres indígenas deben transitar en su búsqueda de justicia en dos contextos diferentes: Chenalhó y Cuetzalan. En ambos lugares la costumbre tiene un arraigo muy fuerte por la convicción generalizada de que es obligatoria. Entre el derecho positivo y el consuetudinario, las mujeres resultan doblemente oprimidas y las posibilidades de acceso real a la justicia son mínimas.

Finalmente, en la sección dedicada a la lucha contra la violencia de género, el artículo que cierra el libro ofrece un recorrido interesante de ese proceso de visibilizar el fenómeno, sensibilizar a la ciudadanía y a los funcionarios públicos sobre la importancia del tema y por último ganar un espacio en las agendas públicas y en los programas de los organismos internacionales.





En todos los artículos que conforman el volumen *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales* se advierten los siguientes aspectos en común:

a) Necesidad de definir la violencia y subrayar el género como una variante que le da su propia especificidad. Sin duda, las diferentes formas de violencia contra las mujeres durante siglos no sólo han permanecido en el silencio, sino que han estado naturalizadas; en otras palabras, no se han considerado violencia sino simples prácticas autorizadas cuando se refieren al otro (la otra raza, la otra clase social, el otro género).

No es de extrañar entonces que el trabajo académico empiece invariablemente por definir y acotar.

b) Preocupación por visibilizar la violencia mostrando datos, estadísticas o testimonios. Esta característica es paralela a la anterior y revela asimismo que la investigación tiene una finalidad que va más allá del mero conocimiento y que apunta al diseño y puesta en marcha de políticas públicas específicas.

c) Ánimo de presentar las respuestas de distintos actores ante la problemática de la violencia: instituciones gubernamentales, movimientos sociales, leyes, organismos civiles, incluso las víctimas. En este mosaico se advierte claramente la diversidad de contextos y la singularidad del fenómeno.

d) Abordaje de violencias particulares en su interrelación con el poder. Se presentan mecanismos de circulación, dominación y finalmente sujeción de

la voluntad del otro. Este aspecto, común a todos los artículos, se percibe más claramente en los textos sobre derechos, que abordan también el tema de la reflexividad sobre el objeto y cómo se puede (des) legitimar un orden.

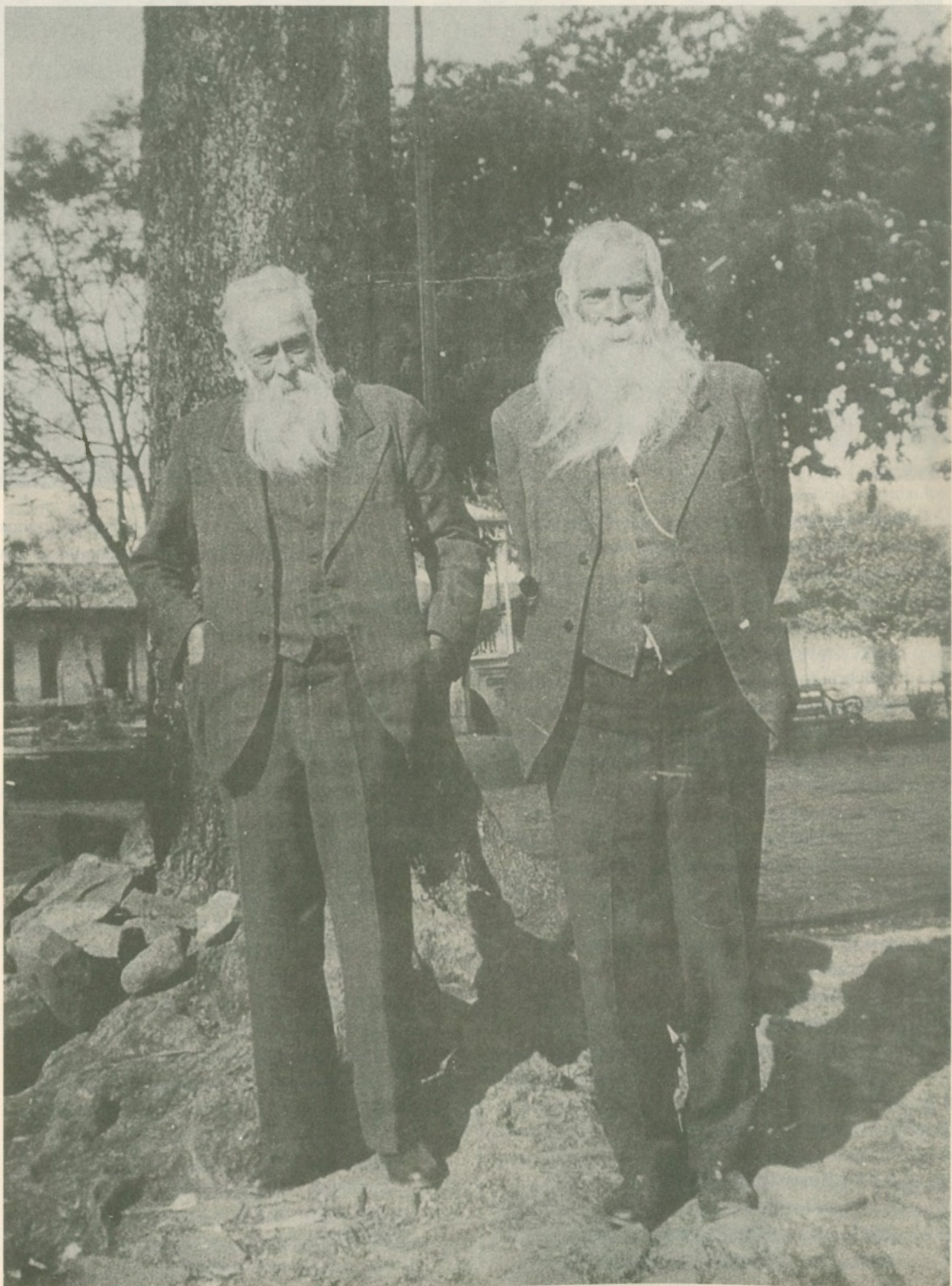
e) Finalmente, en todos los trabajos aparecen propuestas concretas y la búsqueda de soluciones que en general se reclaman como urgentes.

El libro que se comenta conjuga el análisis teórico con la presentación de casos prácticos, y el rigor académico con el compromiso social de muchas de las autoras. Cumple el objetivo de ofrecer un panorama amplio de un fenómeno que tiene muchas aristas, incita a la reflexión y abre nuevas vetas para el estudio sistemático de la violencia.

Entre las tareas pendientes, habría que analizar cómo se articula la violencia con otras variantes de exclusión social: migración, refugio, desplazamiento interno, discapacidad, etc. Otra posibilidad interesante sería el análisis histórico, tal vez vinculado con otra disciplina (por ejemplo el derecho) y, en el terreno sociológico, podrían hacerse análisis comparativos entre mujeres maltratadas y no maltratadas, hombres violentos y no violentos, etcétera.

En síntesis, el libro contiene un buen material para especialistas y en general para cualquier persona interesada en el tema. Esperamos que sea de utilidad para estudiantes y docentes. ☺







LUIS FERNANDO LARA

## Después de Auschwitz

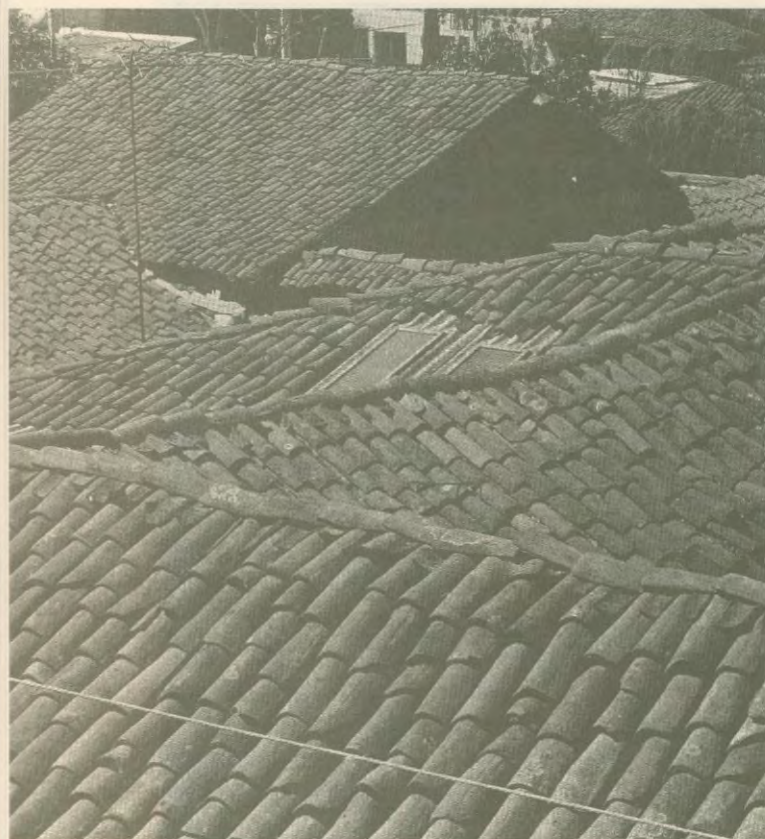
En octubre que estuve en Leipzig me llamó la atención una reseña del libro de Giorgio Agamben, un filósofo italiano, titulado, en su versión española (editorial Pre-textos), *Lo que queda de Auschwitz*. Se podría pensar que el tema del nazismo y del genocidio contra los judíos ya está suficientemente historiado, y que comienza a cansar, sobre todo, después de tanta película hollywoodense, salvo la honrosa excepción de “La lista de Schindler”. Y sí, desde el punto de vista histórico, quizá podamos considerar que conocemos bastante bien las características generales de esa atroz etapa de la historia alemana y de los judíos, y que la culpabilidad de los nazis, con la culpabilidad colectiva de los alemanes de entonces, está suficientemente demostrada y juzgada.

Pero lo que saca ahora a colación Agamben es el problema ético de fondo, que de ninguna manera ha sido suficientemente reflexionado, ni totalmente asumido, no digamos sólo por Alemania, sino por nosotros mismos que, aunque ni hayamos vivido esa época, ni tenido participación alguna en los acontecimientos, no dejamos de ser humanos, de asombrarnos presas del terror por lo que nos cuentan que sucedió y reconocer la posibilidad, siniestra y oscura, de que algo así vuelva a suceder... o que suceda.

Hemos oído, al menos, que alguna vez Theodor W. Adorno, el filósofo alemán-judío que buyó de su país perseguido por los nazis, dijo que, después de la atrocidad de Auschwitz, lo único decente que queda es el silencio. En efecto, para ponderar, denunciar, clamar a Dios por lo que fue el genocidio en los campos de concentración alemanes, no alcanzan las palabras. Pero el silencio es también el olvido; y lo sucedido es algo que no debemos olvidar, si no queremos que se repita. Así que hay que hablar.

La parte más impresionante del libro de Agamben es su relato y su tratamiento de cierto grupo de prisioneros de los campos de concentración, al que nazis y judíos mismos llamaban “muselmänner”. Los hemos visto en algunos testimonios filmados por el ejército de Estados Unidos cuando se encontró con los sobrevivientes de los campos: andrajos humanos, que caminaban tambaleándose, reducidos a sus propios huesos, con las miradas perdidas más allá de la imploración, pero no se le ocurre a uno que esos individuos testificaran una existencia particular en los campos. La palabra alemana “muselmann” quería decir antiguamente “musulmán” y al parecer era una manera despectiva de hablar de hombres a los que se despreciaba (el traductor español comete, a mi juicio, el error de traducirla siempre, precisamente como “musulmán”, lo que da al texto un carácter siniestro, desde otra perspectiva: ahora sí son musulmanes los prisioneros que mantienen los Estados Unidos presos, encorvados, esposados y sin juicio en Guantánamo). Pero el muselmann de los campos no solamente era el despreciado —por lo demás, como todos los prisioneros— sino aquel que, perdida toda esperanza de supervivencia, se abandonaba a cualquier maltrato; se entregaba encorvado y dócilmente a sus carceleros y no esperaba siquiera la muerte. Cuenta Agamben, a partir de testimonios de sobrevivientes de los campos, en particular del escritor italiano-judío Primo Levi, que la categoría de muselmann no era la de todos los prisioneros, pues había los que trataban de resistir activamente y se les asesinaba de inmediato; los que resistían pasivamente, con una loca esperanza de rescate, y los resistentes y físicamente fuertes, a los que los nazis empleaban para guardar el orden, limpiar los hornos o las cámaras de gases o ex-





tirar el oro de las dentaduras de los cadáveres. El musulmán era lo que restaba al final de toda resistencia, cuando el hambre y el frío ya habían logrado desnutrirlos, contagiarlos de sarna y de tifo, y cuando los golpes y el abuso se sufrían con una dejadez que ya no podía llamarse resignación, sino sometimiento total a un entremundo de vida y muerte. Zombies, muertos vivos, merodeaban por el campo en busca de migajas de pan o cáscaras de papa, entregados a los golpes, al abuso, hasta que terminaban por morir del todo. Los demás prisioneros se alejaban de ellos con horror, quizá para no invocar lo que podría ser su propia suerte, pero quizá también porque los veían como si ya hubieran dejado de ser humanos, como si la total desesperanza y la entrega orgánica ya los apartara de lo humano, y cayeran en un dominio ni de bestias ni de almas. Cuando morían, los nazis ya no los llamaban muertos ni cadáveres, sino sólo “figuras”: una cuenta de víctimas o una configuración de humanos.

Relata Agamben la dificultad, aparentemente insuperable, que dicen tener los sobrevivientes de los campos para testimoniar esas atrocidades, pues se sienten apresados en

un dilema moral: si afirman que eso existió, pero sobrevivieron, se les puede considerar o mentirosos, o cobardes, que no hicieron nada para ayudar a los *muselmänner*, en consecuencia, sólo los *muselmänner* podrían dar testimonio verdadero, pero ellos murieron. (Al final del libro, incluye Agamben algunos relatos de *muselmänner* que lograron sobrevivir, porque habían alcanzado esa condición poco antes de la liberación). A partir de ese dilema teje Agamben un notable estudio sobre la culpabilidad, de enorme validez y actualidad para delimitar nuestra posición ante otros genocidios modernos: los de Sendero Luminoso y el Khmer rojo; los de las dictaduras sudamericanas; el de la guerra de Vietnam; el de los palestinos en Sabra y Chatila, quizá el de los prisioneros talibanes en Guantánamo... y los que puedan venir.

Agamben discute las diferencias entre culpabilidad moral y responsabilidad jurídica; trata, por ejemplo, los muchos casos de nazis apresados más tarde, que bajo el alegato de que “sólo cumplían órdenes” (¡cuántas veces hemos oído eso por el mundo!) y que estaban sujetos a sus propias leyes, buscaban eludir las condenas en los juicios. Así, discute los juicios de Núrnberg y el de Eichmann en Jerusalén, muchos años más tarde. Si la culpabilidad moral de esa gente está fuera de duda —y el cínico de Eichmann lo aceptaba—, sostiene Agamben que la responsabilidad jurídica no logra disolverla, aunque el dilema para el juicio no pueda resolverse. Discute también la impropiedad de llamar al genocidio de los judíos “holocausto”, la voz de raíz griega, y “shoah”, la voz de raíz hebrea, y con razón, pues una y otra significan un sacrificio de carácter religioso, y la realidad es que los millones de judíos asesinados en los campos de concentración no podían concebirse a sí mismos como víctimas propiciatorias ante Dios, en un sacrificio ritual, dada la absoluta injusticia que se cometía con ellos, el carácter estrictamente inhumano y arreligioso de sus muertes y, quizá, la impasibilidad que sentían de un Dios al que ya no tenía sentido clamar. La verdadera malignidad del genocidio que cometieron los nazis fue haberles negado, de esa manera, su humanidad.

Pero lo que me interesa resaltar aquí, sobre la base de la lectura de Agamben, es la pavorosa posibilidad de que cualquier ser humano se vuelva o genocida o musulmán. Pues la extrema maldad de los nazis no apareció como un fenómeno diabólico instantáneo, o como una esencia maligna de las almas de cada oficial y soldado de las SS, sino como una imperceptible deriva de las mezquindades, las envidias, los esfuerzos fracasados y



# EL COLEGIO DE MÉXICO

Dirección de Desarrollo Institucional

Marzo/Abril 2004

## En la explanada de El Colegio... noticias y actividades



Ante la diversidad de prácticas en el uso del logotipo de El Colegio de México, hace unos meses se consultó la conveniencia de adoptar un diseño único del logotipo que se utilice como gráfico y visual en las publicaciones y papelería de El Colegio.

Con ese motivo, se elaboraron varias propuestas y, la que más se adecuó a lo que buscaba El Colegio, manteniendo la esencia del logotipo anterior, fue sometida a consideración del Consejo de Directores.

Una vez que fue aprobada por el Consejo de Directores, comenzó a ser utilizada en el nuevo diseño de la credencial de los miembros de la comunidad de El Colegio. Actualmente se está desarrollando la papelería básica, como son tarjetas de presentación, sobres, hojas membretadas, etc., las cuales se entregarán a cada uno de los Centros de Estudios y Áreas de apoyo, de manera electrónica, en forma de plantillas.

De igual manera, se está elaborando un folleto general que mostrará en forma atractiva y concisa, el carácter de El Colegio de México, sus antecedentes, objetivos y programas. Tendrá información general de la Institución y de sus Centros y Programas. Este documento es fundamental para mostrar una imagen institucional. Sin embargo, no elimina los folletos con información particular de cada uno de los Centros y Programas.

Como elemento estratégico de comunicación, la página electrónica deberá presentar coherencia con la nueva imagen gráfica. Por ese motivo, la Coordinación de Servicios de Cómputo está actualizando la página.

La Dirección de Desarrollo Institucional fue la responsable de coordinar e implementar el estudio de imagen.

Ésta es primordial para atraer, sobresalir y destacar. Con la nueva imagen, nuestra institución conjugará el reconocimiento logrado gracias a la dedicación y compromiso de la comunidad de El Colegio de México a través de una proyección sólida.





## Foro Internacional dedicado a Canadá

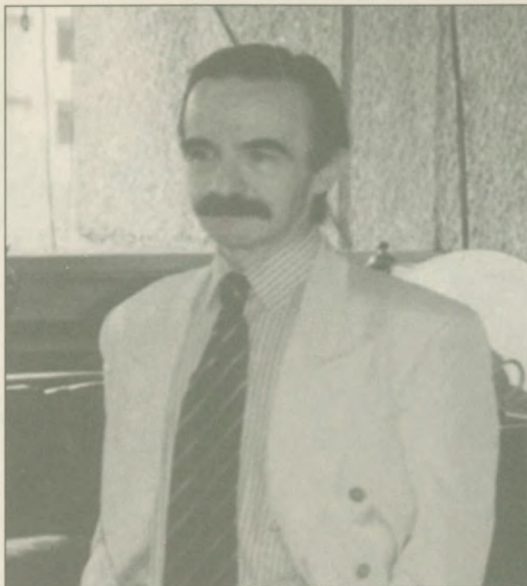
El pasado 15 de junio el Centro de Estudios Internacionales, con la participación de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la Embajada de Canadá en México, realizó la presentación del número 176 de la revista *Foro Internacional* dedicado a Canadá, con motivo del LX aniversario del establecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

En la revista se abordan temas centrales tanto para Canadá y México como lo son los mercados energéticos, el sistema interamericano, la seguridad y las políticas sociales.

Participaron en la presentación el Dr. Andrés Lira González, Presidente de El Colegio de México; Dra. María del Carmen Pardo, Directora del Centro de Estudios Internacionales; Dr. Jean-François Prud'homme, Coordinador General Académico; Gaëtan Lavertu, Embajador de Canadá en México y el Lic. Jerónimo Gutiérrez, Sub-Secretario de Relaciones Exteriores de México.

En su discurso, el Embajador de Canadá en México agradeció el impulso que El Colegio de México dio y sigue dando al acercamiento entre los dos países, especialmente por medio de Don Mario Ojeda y de Don Víctor Urquidi.

## Coctel para egresados CEI y CEE



En el marco de una conferencia recordando al profesor Carlos Roces dictada por el doctor Jaime Serra Puche, egresados de los Centros de Estudios Internacionales y de Economía se reunieron la tarde del 13 de mayo. Al término de la conferencia, "10 años del TLC" egresados, alumnos y profesores convivieron en un coctel organizado por la doctora Mónica Serrano y el doctor Gerardo Esquivel, del CEI y CEE respectivamente, mediante la Dirección de Desarrollo Institucional. Este evento es el inicio de un lazo estrecho que mantendremos con nuestros egresados de dichos Centros.

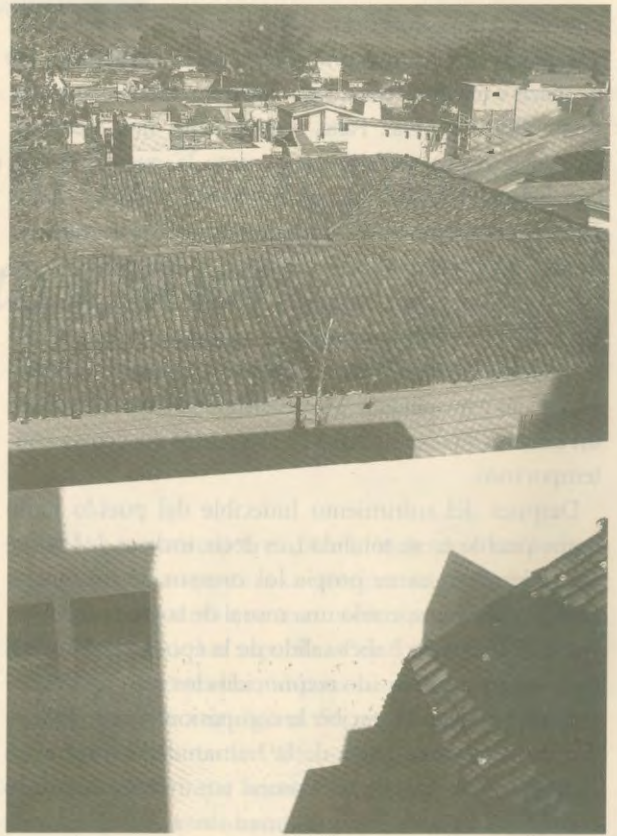
Dirección de Desarrollo Institucional  
El Colegio de México  
Annette Candanedo  
tel: 5449-2938  
acandanedo@colmex.mx



los pequeños celos de miles de seres humanos, reducidos a la miseria económica y moral después de que Alemania perdió la Primera Guerra Mundial, y que dieron su fuerza al nazismo. Es decir: cualquier persona puede volverse así, si las condiciones sociales lo facilitan, la ideología se entreteje en esa dirección y se encuentra un "chivo expiatorio" adecuado (nótese, de nuevo, la incapacidad de nuestras expresiones usuales para significar a ese representante simbólico de los males que le acontecen a cada quien, sobre el cual se pueden proyectar y purgar, que tienen un ineludible tinte religioso) y es lo que enseña la historia del nazismo.

Entre el genocida y el muselmann hay una relación recíproca: el genocida no es solamente un asesino, un carcelero o un verdugo; el muselmann no era solamente una víctima, un prisionero o un condenado. El genocida comienza por negar la humanidad de sus víctimas en conjunto: les desconoce cualquier naturaleza humana semejante a la suya; sus prisioneros valen como materia prima, como insumo para la producción de la muerte (eso y el resto de los elementos necesarios para administrarla fueron el tema de las famosas "Conferencias del Wannsee", en que Goebbels, Goering, Eichmann, Heydrich y los demás altos mandos nazis planearon la matanza de judíos); los condenados, en cualquier situación legal, lo son por algún crimen que hayan cometido, en tanto que los judíos lo fueron sólo por su propia naturaleza humana; por eso el verdugo no es todavía un genocida, por más condenable que sea la pena de muerte (un hecho jurídico, que limpia de culpa y responsabilidad al verdugo: recuérdense los ritos de desculpabilización de los verdugos en la Edad Media); llamar a los asesinos nazis "verdugos" de los judíos es casi exculparlos. Por eso es por lo que el genocidio de los judíos por los nazis fue una absoluta novedad histórica, testimonio de la inhumanidad de que puede ser capaz una ideología, muy bien trabajada desde que el antisemitismo moderno apareció en Europa en la segunda mitad de siglo xx. El muselmann, personaje simbólico del ser humano aniquilado en los campos de concentración, no es, por eso, sólo víctima, y de ninguna manera "condenado". Es el producto de la negación de lo humano; un triunfo de la muerte, pero no en el sentido del tópico medieval, sino en el del famoso grito franquista "¡Viva la muerte!".

Otra reflexión que me ha brotado después de la lectura de Agamben, pero que venía pensando desde hace mucho tiempo, es si puede plantearse la necesidad tanto de una moral del vencedor, como de una moral del vencido y una moral de la víctima, que en este caso tomaría como paradigma al pueblo judío.



No hay una moral del vencedor. Más bien, para éste la alegría del triunfo, que estaría justificada, sobre todo en relación con la derrota del nazismo, muy pronto parece verse sustituida por un ensoberbecimiento que tiene mucho de venganza y de arrogancia ante todos los demás. Eso se puede afirmar acerca de los ingleses y los estadounidenses, que convirtieron su triunfo en una superioridad moral incuestionable para los demás, y que han venido alimentando ya por más de medio siglo con su propaganda guerra, sobre todo en el cine. Vimos muestras de esa arrogancia inglesa durante la guerra de las Malvinas; vemos la arrogancia estadounidense desde Korea y Vietnam hasta Panamá e Irak. Ambos países se hicieron relativamente responsables de su victoria y de los derrotados con el Plan Marshall, pero después de eso, no ha quedado más que su arrogancia.

En cambio, quizá se ha construido una moral del vencido, sobre todo entre los alemanes. Más en los últimos veinte años, cuando comenzaron a desaparecer los que vivieron la guerra y sus hijos llegaron a la edad mediana; en Alemania se ha dado un proceso de asunción de la derrota que comienza por aceptar una culpabilidad histórica y continúa por una vigilancia permanente de todo atisbo de



revancha o de rebrote del racismo. Eso explica la velocidad y la dureza con que se reprime, en la Alemania actual, a los neonazis e incluso a cualquiera que trate de relativar la responsabilidad general. Falta, seguramente, una recuperación del propio sufrimiento durante la guerra, lo han comenzado a hacer algunos escritores, Günther Grass, Heinrich Böll o W. G. Sebald, a propósito de la destrucción de las ciudades alemanas cuando, con el "bombardeo aéreo estratégico", que desde entonces cubre de bombas, fuego y metralla a todos los enemigos de los Estados Unidos, fueron también millones las víctimas civiles atrocemente despedazadas e incineradas. Me gustaría llegar a leer algún día un tratamiento de este tema en algún filósofo alemán contemporáneo.

Después del sufrimiento indecible del pueblo judío como pueblo en su totalidad, es decir, incluso de los que no vivieron en carne propia los campos de concentración, habría yo esperado una moral de la víctima del genocidio. Creo que haber salido de la época histórica del nazismo, que haber sido reconocidos los resortes del antisemitismo y poder recibir la compasión y luego la solidaridad de buena parte de la humanidad obliga a los judíos a elevarse a un nivel moral tan único y novedoso como fue su exterminio a manos de los nazis. Que haber

sido esa clase de víctimas no solamente debe justificar sus propias medidas para protegerse, como lo hacen permanentemente, sino debiera haber despertado un extremadamente sensible cuidado de sus propias acciones guerreras desde que se formó el Estado de Israel.

Es decir: el pueblo víctima del genocidio debiera poder reconocer en dónde está la frontera entre la guerra defensiva, la defensa de sus derechos a la supervivencia y la agresión prepotente a un pueblo pobre, ignorante y humillado desde mucho tiempo atrás, como sucede con los palestinos. Tratar al pueblo palestino —al pueblo, subrayo— con una sistemática negación de sus derechos y haciendo uso del terror de Estado para subyugarlo y, en varios casos, aniquilarlo, es renunciar a la altura moral que les dio el genocidio que sufrieron y correr el peligro de volverse, los israelíes mismos, asesinos de la misma clase que los soldados de la SS alemana. Una moral de la víctima debiera consistir en la defensa a ultranza de la humanidad del enemigo —como se revela, por ejemplo, en Ernst Jünger— y en una prohibición absoluta del terror de Estado contra víctimas civiles.

En el desorden y la desorientación que estamos viviendo en los últimos años, tenemos que recuperar una capacidad crítica de largo alcance que fundamente la moral que requiere un siglo XXI que merezca la pena vivirlo. €





## “Discurso del paralítico”, un poema de Gilberto Owen

Incapaz de ofrecer un comentario exegético revelador o de enriquecer la escasa bibliografía de Gilberto Owen, me conformo con una empresa más modesta: ofrecer la edición crítica de “Discurso del paralítico” como mínimo aporte, herramienta pequeña si se quiere, que tanto hace falta para estudiar a nuestros clásicos. No hay, aunque sé que se está preparando y hay que ver el resultado, una sola edición crítica (no comentada, aunque sin duda también es necesaria) de la poesía oweniana (como tampoco tenemos la de Borges, si bien por otras razones, o una decente de la obra rulfiana), lo cual nos permitiría ver el taller poético de Owen en proceso y, por ello, su concepción de la poesía. Vaya, entonces, este ejercicio de *amateur*.

Por su manía de destruir, regalar o perder deliberadamente manuscritos de poemas y, más aún, de obras enteras, Gilberto Owen apenas si ofrece variantes textuales en muchos de sus textos. No obstante esta *tacañería*, puede observarse que, cuando se consultan las versiones impresas originales —principalmente en revistas—, saltan a la vista algunos cambios, si bien no todos son significativos. Delatan, sí, una búsqueda expresa de la palabra precisa.

“Discurso del paralítico”, publicado por vez primera en *Letras de México*,<sup>1</sup> está antecedido por una nota introductoria donde Owen expresa que éste formaba parte de “los papeles que iban a servirme para componer algún día ‘El Infierno Perdido’ (irremediamente,

<sup>1</sup> Véase el V. 2, núm. 13, 15/ene/1940, p. 3. Además, en esta revista también publicó “Monólogos de Axel” (V. 2, núm. 16, 15/abr/1940, p. 7), “Regaño del viejo” (V. 4, núm. 6, 15/jun/1943, p. 3) y “Poemas: Virgin Islands, El patriotero, El hipócrita” (V. 4, núm. 15, 1/mar/1944, p. 3).

¡ay!)”. En ese mismo texto, también se deja ver la renuencia oweniana ante la corrección, así como la fecha y el tema del poema que se convertiría en 1948 en una de las “Tres versiones superfluas” de *Perseo vencido*:<sup>2</sup> “al leerlo y ponerlo en limpio para su publicación, no he podido mudarle voz alguna. Su tema, una meditación de la Semana Santa de 1936, recoge las ideas de todos mis clásicos”. En este sentido, la alusión a “todos mis clásicos” puede verse como la presencia apenas velada del intertexto bíblico, el de *Las mil y una noches* y, aunque lo considero menos visible, el eco de T. S. Eliot.

Dos hechos que merecen destacarse son el despojamiento con que Owen expone su opinión sobre el poema que presenta, con tal modestia que raya en la soberbia, por una

<sup>2</sup> Libro que, acaso, Owen no llegó a tener en las manos, principalmente por el desencadenamiento de la violencia en Perú que concluyó con el derrocamiento de José Luis Bustamante y el ascenso al poder de Manuel Odría, con las intervenciones de rigor en la Universidad Mayor de San Marcos. En agosto de 1949, Owen escribía a José Vasconcelos sobre el “Libro de Ruth” (otro de los textos que integran *Perseo vencido*, también publicado como *plquette* por Ediciones Firmamento en 1944, así como en la *Revista de Indias*, 1947, núm. 95): “este *Libro de Ruth* mío ha tenido suerte muy mediocre, pues incluido en un volumen que publicó la Universidad de San Marcos, a los tres días vino una revolución, el año pasado, y corrieron al rector, y no me mandó nadie ejemplares del *Perseo vencido*, que pienso publicar aquí por mi cuenta. Naturalmente dedicado a usted” (*Obras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, p. 289). Owen también le refirió esta suerte trágica de *Perseo vencido* el 12 de agosto de 1949: “Otro [libro], que sí parecía de Owen, lo secuestraron unos revolucionarios en Lima. Creo que lo fusilaron por la espalda, naturalmente” (*ibid.*, p. 293). Ignoro si Owen recibió después una copia de este libro, pero es seguro que no lo imprimió nuevamente por su cuenta. Además, efectivamente el *Perseo* está dedicado a Vasconcelos.





parte, y su recurrencia a las frases populares, si bien en este caso del inglés, como lo explica al final de su breve nota aclaratoria: "Hace unos doce años se decía *cherry*, en Nueva York, a la virginidad. Ignoro si haya habido después necesidad de inventar otra palabra".<sup>3</sup>

Originalmente, "Discurso del paralítico" estaba expresamente dividido en siete apartados numerados (el siete de los viajes de Sindbad y el de los días de la semana y los pe-

<sup>3</sup> En este caso Owen alude a los vv. 90-92, donde se lee: "Y recuerda, Winona, aquel instante / de aquel estío que arrojó madura tu cereza en la copa del amante". Parece que Owen alude a la misma mujer en una carta enviada a Villaurrutia el 28 de julio de 1928 ("unos doce años" antes de la publicación de "Discurso..."): "No estoy enamorado. Es una sueca. La he tenido virgen, que es una experiencia mística recomendable. Tiene un fervor pío. Se tira a mí como las mujeres hindúes a la pira en que arde el cuerpo del rey consorte" (*Obras*, p. 260).

cados capitales) y una "Clave" que se conserva en la edición definitiva. Dicha numeración desaparece, sin embargo, desde su publicación en *Perseo vencido*. Además, la versión de 1940 consta únicamente de 136 versos y la de 1948, de 141, debido a que se interpolan los vv. 77-81 que también pasan a la versión definitiva de *Poesía y prosa y Obras* (cf. *infra*). Cada apartado correspondía como sigue: 1: vv. 1-24, 2: vv. 25-38, 3: vv. 39-50, 4: vv. 51-68, 5: vv. 69-95, 6: vv. 96-108, 7: vv. 109-125, CLAVE: vv. 126-141. Además, entre la versión de *Perseo vencido* y las de *Poesía y prosa y Obras*, también es patente una diferencia: la primera consta de 136 versos y las últimas, de 141, porque en la edición de la Universidad de San Marcos no aparecen los vv. 121-125 (cf. *infra*).

En seguida presento el poema y al final de él las variantes registradas, para lo cual tomo como *textus optimus* la versión de *Obras*, 1979.



## DISCURSO DEL PARALÍTICO

5 Encadenado al cielo, en paz y orden,  
mutilado de todo lo imperfecto,  
en esta soledad desmemoriada  
—paisaje horizontal de arena o hielo—  
nada se mueve y ya nada se muere  
en la pureza estéril de mi cuerpo.

10 Sólo la ausencia. Sólo las ausencias.  
A la luz que me ofusca, en el silencio  
el aire ralo inmóvil que me envuelve  
en las nubes de roca de este cielo  
de mi mundo de piedra de granito,  
sólo una ausencia viuda de recuerdos.

15 Pues quise ver la lumbré en las ciudades  
malditas. Quise verlas flor de fuego.  
Quise verlas el miércoles, al frente  
no me esperaba ya sino un incesto  
y el carnaval quemaba en sus mejillas  
el último arrebol de mi deseo.

20 Aquí me estoy. La sal va por mis brazos  
y no llega a mis ojos, río yerto,  
río más tarde aún que la cisterna  
del pulso de mi sombra en el espejo,  
camino desmayado aquí, a la puerta  
de mi Cafarnaúm, allí, tan lejos.

25 No ser y estar en todas la fronteras  
a punto de olvidarlo o recordarlo todo totalmente.  
En mi lenguaje de crepúsculos  
no hay ya las voces mediodía, ni  
sueño.  
Por mi cuerpo tendido no han de llegar las olas a  
la playa

30 y no habrá playas nunca,  
y por mí, horizontal, no habrá nunca horizontes.

35 Hosco arrecife, aboliré los litorales.  
Los barcos vagarán sin puerto y sin estela  
—pues yo estaré entre su quilla y el agua—  
40 noches y 40 días,  
hasta la consumación de los siglos.

(Si tuviera mis ojos, mis dedos, mis oídos,  
iba a pensar una disculpa para cantarla esa mañana.)

40 Venganza, en carne mía, de la estatua  
que condené para mi gula al tiempo,  
a moverse, olvidada de sus límites,  
a palabras de vidrio sus silencios.  
Venganza de la estatua envejecida  
por el flácido mármol de su seno.

45 Y Coventry. La lumbré que mis ojos  
en los ijares lánguidos hundieron,  
Lady Godiva que se me esfumaba  
muy nube arrebatada por el viento,  
y era Diana dura, o sus lebreles,  
50 o la hija de Forkis y de Ceto.

Porque yo no tuve un día una mañana  
y un amor. Fino y frío amor, tan claro  
que lo empañaba el tacto de pensarlo.

55 Vi al caballo de azogue y al pez lúbrico  
por cuya piel los ríos se deslizan,  
lentos para su imagen evasiva.

60 Y tendría también un nombre, pero  
no logró aprehenderlo la memoria,  
pues mudaba de sílabas su idioma  
cuando las estaciones de paisajes.

Aún canta el hueco que dejó en mi mano  
la traslúcida mano de su sombra,  
y en mi oreja el mar múltiple del eco  
de sus pausas aún brilla.

65 Huyó la forma de su pensamiento  
a la Belén alpina o subterránea  
donde los ríos nacen, y velaron  
su signo las palomas de Dodona.

70 Y una voz en las rutas verticales  
del mediodía al mediodía por mis ojos:





“Cuando el sol se caía del cielabríl de México  
el aire se quedaba iluminado hasta la aurora.”

75 “Las muchachas pasaban como cocuyos  
con un incendio de ámbar a la grupa,  
y en nuestros rostros de ángeles ardían canciones  
y alcoholes  
con una llama impúdica e impune.”

80 “Nuestras sombras se iban de nosotros,  
amputaban de nuestros pies los suyos  
para irse a llorar a los antípodas  
y decíamos luna y miel y triste y lágrima  
y eran simples figuras retóricas.”

85 (¿No recuerdas, Winona, no recuerdas  
aquel cuarto de Chelsea? El alto muro  
contra los muros altos, y las cuerdas  
con su ropa a secar al aire impuro.

Y el río de tu cuerpo, desbordado  
de luz de desnudez, y más desnuda  
adentro de sus aguas, tú, y al lado  
tuyo tu alma mucho más desnuda.

90 Y recuerda, Winona, aquel instante  
de aquel estío que arrojó madura  
tu cereza en la copa del amante.

95 Y el grito que me guiaba en la espesura  
de tu fiebre, y mi fiebre calcinante  
entrelazada a tu desgarradura.)

Pero la tarde todo lo diluye.

100 La luz revela sus siete pecados  
que nos fingieron una salud sola  
y oímos y entendemos y decimos  
las blandas voces que a la voz repugnan:  
lágrimas, miel, candor, melancolía.

Porque la tarde todo lo dispersa.

Todas las mozas del mundo destrenzan sus bra-  
zos y acaba la ronda.

105 A las seis de la tarde se sale de las cárceles  
y están cerradas las iglesias.  
Nada nos ata a nada  
y, en libertad, pasamos.

Mirad, la tarde todo me dispersa.

Que ya despierte el que me sueña.



110 Va a despertar exhausto, Segismundo:  
un helado sudor y un tenebroso  
vacío entre las sienas. Pero el premio  
que habrá en su apremio de sentirse móvil...

Alargará las manos ateridas  
115 y de su vaso brotará la blanca  
flor de la sal de frutas. Y en cien gritos  
repetirá su nombre y todo el día  
saltará por los campos su alarido.  
Y por la noche ha de llegar exhausto,  
120 mas no podrá dormirse, Segismundo.

Que ya despierte. Son treinta y tres siglos,  
son ya treinta y tres noches borrascosas,  
que le persigo yo, su pesadilla,  
y el rayo que le parta o le despierte.

125 Quien lo tiene en sus manos me lo esquivá.

3 desmemoriada] desmemoriada, LM 5 y ya nada] y nada LM 24 Cafarnaúm] Cafarnaum LM Cafarnáum PV 31 y por mí, horizontal,] y por mi horizontal, PV 33 estela,] estela LM 38 disculpa] defensa LM 41 a moverse,] a moverse LM 44 flácido] flácido LM 54 Vi al] Vi a un PV 46 ijares] hijares LM 56 lentos para] más lentos que LM 61 Aún] Aun PV // mi mano] mis manos LM 64 aún] aun PV 68 Dodona] Diodona LM, PV, PP 71 cielabril] celiabril LM 72 quedaba] quemaba LM 73 cocuyos] cocuyos, LM 77-81] om. LM 100 a la voz] a la vez LM 101 lágrimas,] lágrima, LM 110 Segismundo:] Segismundo. LM, PV, PP 111 un] Un LM, PV 113 móvil...] móvil. LM 118 saltará] soltará LM 120 podrá] querrá LM 121-125] om. PV 128 aún] aun LM 135 y la tierra,] y la tierra) LM, PV, PP<sup>4</sup>

Las variantes, como suele ocurrir a menudo en estos casos, son cualitativamente distintas, pues van desde las diferencias ortográficas que no anoto porque no afectan el sentido del texto (Díana: Diana o dí: di); siempre es preferible la ortografía moderna. Anoto, sí, la falta de acentos diacríticos y los cambios de puntuación, pues determinan en mayor o menor grado el significado del texto, por ejemplo: “y por mi horizontal”, del v. 31 en *Perseo vencido* sugiere una idea muy distinta frente a “y por mí, horizontal”, de

<sup>4</sup> Los testimonios utilizados para esta edición y sus respectivas claves son, en orden cronológico: 1. *Letras de México*, 15/ene/1940, núm. 13, p. 3=LM. 2. *Perseo vencido*, Universidad Nacional de San Marcos, Lima, 1948=PV. 3. *Poesía y prosa*, Imprenta Universitaria, México, 1953=PP. 4. *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979=texto básico de mi edición.

#### CLAVE

Donde el silencio ya no dice nada  
porque nadie lo oye; a esta hora  
que no es la noche aún sino en los vacuos  
rincones en que ardieron nuestros ojos;  
130 donde la rosa no es ya sino el nombre  
sin rosa de la rosa y nuestros dedos  
no saben ya el contorno de las frutas  
ni los labios la pulpa de los labios,

grita Elías (arrebatado en llamas  
135 a cualquier punto entre el cielo y la tierra),  
grita Elías su ley desacordada  
en el viento enemigo de las leyes:

“Cuando la luz emana de nosotros  
todo dentro de todos los otros queda en sombras  
y cuando nos envuelve  
140 ¡qué negra luz nos anochece adentro!”

las demás versiones, donde el adjetivo posesivo “tú” deviene pronombre y el sustantivo “horizontal”, adjetivo.

Desde mi punto de vista, hay dos variantes extrañas, la del v. 54 y la de los vv. 121-125, ambas sólo presentes en *Perseo vencido*. La primera de éstas no aparece en ninguno de los demás testimonios posteriores ni anteriores (“Vi a un”); la segunda permite hacer conjeturas acerca de la intervención de Owen, porque o los editores de *Perseo vencido* cometieron una grave omisión o bien él conservaba un manuscrito que incluía estos versos y él mismo los integró en la revisión, que junto con Josefina Procopio hizo antes de su muerte, pues según ella cuenta en la “Advertencia” de *Poesía y prosa* Owen revisó y corrigió buena parte de su obra y, concluye, “son esas copias corregidas por su autor las que han servido para la presente edición”<sup>5</sup>

·Esto quiere decir que entre la variante más elemental, v. g. una acentuación arcaica, y la más compleja, como la recuperación o eliminación de un verso, se encontró la mano de Owen. Por ello considero que con la edición crítica de la obra oweniana podría conocerse, primero, cómo trabajaba el poeta y, luego, cómo se canonizó la versión definitiva de su obra.

Cambridge, abril de 2004. €

<sup>5</sup> Imprenta Universitaria, México, p. VII. Es una lástima que dicha “Advertencia” desapareciera de la *Obras*, porque es una buena guía para el lector sobre cómo se reconstruyó la obra de Owen a base de retazos dispersos en el tiempo y en el espacio. Ojalá en una reedición de las *Obras* se reintegre junto con los textos owenianos que han aparecido y que seguramente seguirán apareciendo con los años.







# Novela como nube: un sumario de yuxtaposiciones

Las novelas experimentales de los Contemporáneos son textos fronterizos, pero eso no significa que *Novela como nube* no cuente nada.<sup>1</sup> Gilberto Owen (1909-1952) retoma la historia de Ixión para contar su relato del siglo xx; así, establece un diálogo paródico entre el antihéroe clásico y la medianía de Alberto, entre la mala fe del griego y la ingenuidad del provinciano enamorado con dotes de poeta.

Ixión iba a desposarse con Día y, por no pagar a su suegro lo que le había prometido a cambio de la futura esposa, lo asesinó arrojándolo a un horno. Ningún dios quería purificarlo de su crimen, pero Zeus se apiadó de él y lo perdonó. Para celebrarlo, lo invitó a comer al Olimpo; Ixión trató de seducir a Hera. Cuando Zeus advinó las intenciones de su invitado, formó con nubes a una Hera falsa, Néfele, a quien sedujo Ixión. Zeus lo golpeó y lo condenó a girar incesantemente atado a una rueda que dejó caer desde el Olimpo hasta el Tártaro; el hijo de Néfele e Ixión fue Quirón, un Centauro.<sup>2</sup>

El texto de Owen tiene dos partes: "Ixión en la tierra" e "Ixión en el Olimpo", cada una de trece fragmentos. Éste podría considerarse un número íntimo porque el poeta nació el 13 de mayo de 1904 y además solía jugar con este dato en sus textos.<sup>3</sup> Trece es el número del camarote que le corresponde a Ernesto durante el viaje en el trasatlántico con Eva segunda (esto, más que un viaje físico, parece

ser un episodio de una película que ven ambos personajes; véase el capítulo 12 de "Ixión en la tierra", p. 161). En el capítulo 13 de la primera parte, el acompañante de Eva segunda dispara a Ernesto; entonces los hechos pasan a otra dimensión, al Olimpo. Finalmente, el trece duplicado corresponde al capítulo 26, en el cual Ixión desciende al Tártaro (el matrimonio). El trece es en la mitología oweniana día de nacimiento y de muerte: "[...] ha de ser martes el 13 en que sabrán mi vida por mi muerte", dice en "Día cuatro, Almanaque", de *Sindbad el Varado* (p. 72; véase tam-

---

Villaurrutia dice haber nacido en 1904 (p. 263). En "Bitácora de febrero", el poeta asegura: "Todos los días 4 son domingos/porque los Owen nacen ese día" ("Sindbad el varado, Día cuatro, almanaque", p. 71. Cito por Gilberto Owen, Obras, ed. de Josefina Procopio, 2ª ed., FCE, México, 1979). En su acta de nacimiento se signa la fecha: "Queda registrado á fojas 86 [...] el nacimiento del niño Gilberto Estrada, ocurrido en esta ciudad [Rosario, Sinaloa] el día 13 del corriente mes á las dos de la mañana"; el registro se llevó a cabo el 26 de mayo de 1904 (Archivo de la Universidad Autónoma del Estado de México, caja 171, 6646, 1919). La fe de bautismo dice: "[...] el Sr. cura D. Felipe de F. Elizondo bautizó solemnemente [...] a Gilberto que nació en esta ciudad [Rosario, Sinaloa] el día primero de mayo del presente año [1904] hijo natural de Margarita Ayala abuelos maternos Jesús Estrada y Matilde Ayala [...]" (Transcripción que reproduce José Hilario Ortega, *La personalidad poética de Gilberto Owen*, The University of Texas at Austin, Austin, 1988, p. 37, tesis de doctorado). Puede confirmarse en el Archivo de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, Sinaloa, México, vol. 43, años 1903-1905, libro 8, foja 48. El poeta era hijo natural de Margarita Estrada Ayala y nunca llevó oficialmente el apellido Owen. La transcripción del acta apareció publicada en 1996, junto con la noticia del expediente de Owen cuando era alumno del Instituto Científico y Literario de Toluca (*La colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, núm. 10, 1996). El doctor Guillermo Sheridan aceptó la petición de quien esto escribe para reproducir los documentos del Archivo de la UAEM en el número 239 de *Vuelta*, en octubre de 1996, con la finalidad de volverlos accesibles a un público más amplio.

<sup>1</sup> Juan Coronado expresa esta idea en su "Prólogo" a *La novela lírica de los Contemporáneos* (antología), UNAM, México, 1988, p. 20.

<sup>2</sup> Véase Constantino Falcón Martínez, *Diccionario de la mitología clásica*, Alianza, México, 1989, pp. 363-364.

<sup>3</sup> Owen dijo a algunos de sus amigos que había nacido el 4 de febrero de 1905 (Véase Inés Arredondo, "Apuntes para una biografía", *Revista de Bellas Artes*, núm. 8, 1982, pp. 43-48). En una carta a Xavier



bién el espléndido poema “Día trece, El martes”, pp. 77-75).<sup>4</sup>

El título está motivado por el mito clásico. Néfele, la Hera falsa hecha de nubes, alude a la novela-nube que desarticula las convenciones de las novelas típicas; ésta es la opinión de Florence Olivier: “El novelista, por su parte, al igual que Zeus remedando a Hera en la nube, remeda una novela en la nube”.<sup>5</sup> Ixión, además de quebrantar las normas, carece de decoro; el personaje se muestra ingrato y soberbio, por eso su condena es infinita. El texto de Owen es nube (redefinición constante) porque la mayor parte de las acciones está sujeta al azar del recuerdo, la memoria o la imaginación, a la manera de Proust,<sup>6</sup> sólo que el ánimo de narrar introduce una lógica en la selección de los fragmentos para dar forma poco a poco y de manera indirecta a los personajes y sus acciones. Los atrevimientos de Ernesto —el personaje principal— fracasan tanto como los de Ixión, pero son menos audaces porque el héroe del siglo XX es más nimio y abúllico que el de la antigüedad.

#### El “sumario de novela” o las piezas de la espiral

En el primer fragmento, “sumario”, se narra escondiendo a los personajes y sus acciones detrás de situaciones ajenas a la anécdota. Una primera lectura evidencia los saltos de un asunto a otro. Ahí queda la nebulosa de un texto que debe resumir la historia pero que se encierra en la intimidad del personaje, además de lanzar redes hacia temas literarios o autobiográficos. El “sumario de novela” adquiere, entonces, una función totalmente paródica respecto de la novela como tipo genérico; a pesar de su anomalía en relación con la novela realista canónica, cumple con su función de presentar el escenario, los personajes y las acciones más importantes de la historia.

<sup>4</sup> Owen dice en la carta a Margarita y José Rojas Garcidueñas que a su padre, Gilberto Owen “lo mataron un día 13 de febrero en las calles del Rosario” (p. 294).

<sup>5</sup> “La prosa a tientas o la tentación de la prosa”, en *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, comps. Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, El Colegio de México, México, 1994, p. 294.

<sup>6</sup> El título tentativo de *Novela...* era *Muchachas*, en la misma veta de la novela de Proust, *A la Sombra de las muchachas en flor*, en la que un joven se debate entre el amor de dos mujeres; este tema es común a las obras de Owen (*Novela...*), Villaurrutia (*Dama de corazones*) y Torres Bodet (*Margarita de niebla*) (Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, FCE, México, 1985, p. 307).



El protagonista se presenta de golpe, sin nombre y descrito por medio de observaciones tangenciales que destacan unos cuantos rasgos: “Sus hermosas corbatas, culpables de sus horribles compañías. Le han dado un gusto por las flores hasta en los poemas: rosa, claveles, palabras que avergüenza ya pronunciar, narcisos, sobre todo”.<sup>7</sup> El autor prefirió ahorrarle a su narrador la tarea de describir con detalle la fisonomía y apariencia de su protagonista, pues la corbata es más que suficiente para decir quién es: usarla indica la aceptación de las normas sociales, pero el floreado poco común da cuenta también de un conflicto con los esquemas sociales; tal vez por eso las corbatas se asocian con las “horribles compañías”. Por otra parte, este adorno masculino habla de la cursilería del personaje, de los poemas que lee y de sus propias aspiraciones artísticas. Owen recurre al prototipo del novio clasemediero con dotes poéticas y crea un narrador que marca su distancia respecto de su héroe. En la segunda parte, “Ixión en el Olimpo”, el narrador abandona la tercera persona que empleó hasta el capítulo 13 y emplea la primera de singular, pero sigue vapuleando a su héroe: “Es que sólo pretendo dibujar un fantoche” (p. 171).

<sup>7</sup> Gilberto Owen, *Novela como nube*, en *Obras*, ed. Josefina Procopio et al., pról. Alí Chumacero, 2ª ed., FCE, México, 1979, p. 146. Cito por esta edición en el texto.



Los “narcisos” (las flores) sirven para soltar el primer an-zuelo, pues los Narcisos, o reflejos o espejos y duplicaciones, interesan al narrador a lo largo de la obra. Narciso se mira: “Ernesto marcha inclinado sobre los espejos del cal-zado, sucesivos. Se ve pequeñito” (p. 146). Por fin el narra-dor ha dado nombre a su personaje, a quien describe en forma metafórica. El andar cabizbajo da cuenta del desga-no existencial de Ernesto (tal vez por eso las imágenes de sí mismo son pequeñas). A continuación se percibe una voz: “Su tío tiene razón: siempre será sólo un niño” (p. 146). Este otro personaje ha sido presentado indirectamente, pero juega un papel definitivo en la segunda parte.

Si bien el poeta es “sólo un niño”, según las palabras del tío, sus propósitos son firmes: “O poeta o millonario, se dijo en la encrucijada de los quince” (p. 146). El narra-dor constantemente explica las actitudes de sus persona-jes con comentarios humorísticos y hasta sarcásticos, de manera que *Novela como nube* rechaza el dramatismo del mito original: “Un camino quedaba que daba a la parte media de la colmena, pero esto no quiere decir que la bu-rocrazia sea sólo para los zánganos” (p. 146). El juego de palabras es obvio y un poco pueril, a tono con el protago-nista. Sheridan llama la atención sobre este aspecto: *Novela... es la única* —entre las prosas de los Contemporáneos— en la que “el humor opera como disparador del punto de vista”.<sup>8</sup> Ernesto adquiere personalidad ante los ojos del lec-tor por medio de miradas parciales y externas: el narrador lo va presentando por medio de otras voces que lo descri-ben; esos fragmentos irán dando forma a un personaje que se construye con sinédoques y metonimias.

En el segundo párrafo del “sumario...”, se anuncia: “Pe-queña teoría y elogio de la inercia” y sigue: “datos estadísti-cos de los crímenes que evita”. El cambio parece demasiado brusco, ¿de qué se habla? Aparece después un personaje que explica la palabra “inercia”: “Un acróbata que caía, sin fin, desde aquel trapecio. Se quería asir del aire. La atmós-fera en un cuadro que representa cosas de circo sólo podría resolverse mezclando almíbar a los colores” (p. 146). Owen se esforzaba en utilizar algunas técnicas vanguardistas; aquí bien podría evocarse a un Chagall, que funciona como re-sumen de la historia que se va a contar: Ernesto-Ixión es el acróbata arrojado desde el Olimpo hasta el Tártaro (la caí-da sin fin), condenado a la rueda de la rutina matrimonial (el cuadro del circo, el acróbata y los malabares) que necesi-ta endulzarse.

<sup>8</sup> Sheridan, *Los Contemporáneos...*, p. 308.



El siguiente salto tiene toques autobiográficos y agrega un dato físico del protagonista, una carencia: “Su amigo el ingeniero de ingenios le reprochaba el ser lampiño”. Se sabe que Owen llamaba a su amigo Jorge Cuesta “el ingenie-ro del ingenio”.<sup>9</sup> Traigo esto a colación porque en el tercer párrafo hay otra referencia a Cuesta; además, “la vida real del poeta Gilberto”, se filtra en toda la historia. El poeta Owen fue burócrata y se casó con una mujer adinerada, aunque no en 1926 cuando escribió esta obra, sino el 2 de diciembre de 1935.<sup>10</sup> Los comentarios pueden parecer frí-volos, pero no lo son: complican la lectura de toda la obra oweniana. En un alarde de asociación sorpresiva, el desco-nocimiento de las “delicias de rasurarse” impide a Ernesto hablar de Nápoles; la comparación y la exclamación iróni-ca “¡Qué triste!” pertenecen al registro de voz del persona-je. El lector sigue siendo expuesto a las claves que definen al protagonista.

Para presentar el tema del amor, el autor recurre a An-dré Gide, el guía cultural de Villaurrutia, Cuesta y Owen: “Pero, ¿quién no ha leído a Gide? Non point la sympathie,

<sup>9</sup> Véase *ibid.*, p. 274.

<sup>10</sup> “Cosas del Día”, *El Tiempo*, Bogotá, 2 de diciembre de 1935, p. 5.





Nathanael, l'amour" (p. 146). Gide propone en *Los alimentos terrenales* gozar de los placeres sin la culpa del pecado: "Amar sin preocuparse de si lo que se ama es el bien o el mal".<sup>11</sup> Por eso, se recomienda a Nathanael no buscar la simpatía sino el amor. La voz de Gide se inserta en el enunciado del narrador, pero la respalda Owen.

El autor evoca la tradición literaria; de Sócrates a Shakespeare, el amor es motivo de creación o discusión: "¿Y quién lo practicaba? Sócrates, Shakespeare... Tantas Desdémonas en lechos de posada, tantas Ofelias en los estanques nocturnos" (p. 146). Desdémona y Ofelia murieron víctimas de la pasión, de la locura: asesinato y suicidio; decisión y languidez. El signo femenino es bivalente: causa de la reticencia de Ernesto frente a las mujeres.

La imagen de Ofelia ahogada entra en la mirada del personaje: "Una se ahogó en su ojo derecho. Tendrá que usar un monoclo humo de Londres para ocultarlo. Ladrar al viento policía, investigando asesinatos líricos" (p. 146).<sup>12</sup> Quizá la forma circular del monoclo sea la causa del tránsito hacia un cuadro cubista: "A la luna la mató Picasso en la calle Lepic, una noche del mes de ... ¿qué año?", del

siglo XX (p. 146); parece que el propósito de esta alusión es ubicar temporalmente la narración. Además, la luna completa bien la melancólica escena del suicidio de Ofelia, sólo que no es la luna prerrafaelita sino la cubista, ya desfigurada.

El siguiente fragmento remite otra vez a la biografía literaria de Owen: "Aquel profesor de historia que refería: 'noche y día, bajo los rayos del sol, los ejércitos...'" Puntos suspensivos. El diálogo sale de la ficción y conduce a la "vida real". Se trata de un recuerdo que Owen evoca en "Encuentros con Jorge Cuesta": un profesor de la Preparatoria Nacional dijo un disparate y fue increpado por Gilberto Owen: "¿Cómo iban a caminar esos ejércitos, día y noche, bajo los rayos del sol? El silencio de segundos que siguió a mi impertinencia se rompió de pronto, cuando mi compañero de la izquierda se echó a reír. Ruidosamente, con una áspera risa, echando la cabeza hacia atrás" (p. 240). Así inició la amistad entre Owen y Cuesta. Owen juega con los datos del mundo, los hace ficción, en forma casi obsesa. Al cambiar de contexto unas palabras, modifica el sentido, por eso prefiere la reticencia a la cita completa. ¿Qué interpretará el lector? ¿Que Ernesto empieza a recordar cosas, sin el menor interés en que los demás comprendan?

La clase de historia propicia una burla de los nacionalismos, ya que el Himno Nacional y la fiesta de la Independencia<sup>13</sup> son simplemente: "la mala música del Sr. Nunó, fuerte como un trago de alcohol; los mismos resultados, alcohol o música, bebido, oída". La historia se crea con escenas yuxtapuestas que el lector debe ir relacionando; esto llega a notarse incluso en la sintaxis, como en los participios de la cita anterior.

Enseguida, el narrador prepara un final y comienza a asociar elementos ya mencionados. Ofelia participa en las Fiestas Patrias, pero la evanescente y trágica heroína de *Hamlet* se ha transformado en una figura ridícula, a punto de caer de un balcón: "Le decía: Asómate, amiga, a mi balcón del 15 de Septiembre. Y Ofelia caía siempre al mar de la calle. Era muy torpe, la pobre, para atender las lecciones, y la pólvora no iba a sostener eternamente la varilla del cohete" (pp. 146-147). La estrechez de los hechos referidos motivó probablemente a Owen para elegir como protagonista en el espejo a Ixión, un personaje nada noble; pero las típicas historias del triángulo amoroso y del enamoramiento de un hombre por dos mujeres son el pretext-

<sup>11</sup> *Los alimentos terrenales/Los nuevos alimentos*, trad. Ma. Concepción García-Lomas, Alianza/Losada, Madrid, 1985, p. 2.

<sup>12</sup> Esta imagen se encuentra también en *Desvelo*: "Señor policía el viento, /yo no ando desnudo, no/que la sombra que veis llorando/de un sueño mío se cayó" ("Romance", pp. 33-34).

<sup>13</sup> Motivo que utiliza en "Sindbad el Varado", "Día dieciséis, el patriotero": "No huir. ¿Para qué? Si este dieciséis de Febrero borrascoso volviera a serlo de Septiembre" (p. 79).



to para explorar otros temas literarios y existenciales. Y si la anécdota es cursi y los personajes falsos (p. 174), el discurso narrativo es un divertimento, a tal punto que el autor se pone irónicamente a sí mismo como personaje: “Por el camino os contaré *El impertinente*, novela jamás concluida por Gilberto Owen. Es ingenuo y feliz [...] Ya lo veréis académico en 1900 [...] propongo que coloquen un espejo en su ataúd, para que vaya viendo cómo se resuelve en cenizas” (p. 179).

Como conclusión, el narrador hace hincapié en la dualidad de los amores de Ernesto, el cohete es el nexo entre el episodio anterior y este último: “Vidas paralelas, profesión de cohete, amores con las señoritas de la clase media. Cada vez que su cielo amenazaba borrasca encendía uno [un cohete], como hacen los agricultores” (p. 147). Las “vidas paralelas” remiten a los narcisos del primer párrafo (la duplicación de la propia imagen) y anticipan el drama sentimental que ocupará los siguientes capítulos (todos muy breves, por cierto). Los amores de Ernesto con Eva I y Eva II, con Ofelia y Elena, con ésta y Rosa Amalia comparten la indefinición. El cielo que amenaza la borrasca puede entenderse como el conflicto que provoca la doble vida del personaje, una en la tierra y otra en el cielo. La última acción es en provincia y cumple con el requisito de ubicar el lugar donde ocurren los hechos de una narración. Los agricultores creen que prender un cohete es útil para dispersar las nubes negras de la tormenta. La movilidad de las nubes parece detenerse cuando se vuelven nubarrones a punto de

estallar; el cohete los dispersa para que cobren su dinámica habitual: Ernesto no atrapa las nubes, observa su disipación y, por lo tanto, no resuelve sus conflictos.

En el análisis del primer fragmento de *Novela...* se descubren los mecanismos que el autor aplica en el desarrollo de la historia: el narrador da a conocer a su personaje indirectamente—como si se tratara de breves acercamientos cinematográficos, acompañados de voces, que dejan ver claramente partes del protagonista o de su entorno, pero sin revelar la imagen completa—. Se incluyen hechos que son referencias intertextuales sobre la vida de Gilberto Owen (cartas, notas autobiográficas, poemas, otras prosas). Esto ha sido el motivo por el cual se ha interpretado que el yo de *Novela...* es un yo autobiográfico;<sup>14</sup> además, es aparentemente fácil relacionar al poeta Ernesto—que no cuenta con la aprobación de su creador— con el poeta Gilberto.

La asociación no puede ser automática porque las noticias que se tienen acerca de la biografía de Owen se encuentran ficcionalizadas o mitologizadas dentro de la obra del escritor. Aun datos reales como la fecha de nacimiento se someten a la ambigüedad de tal manera que empieza a borrarse la frontera entre lo real, lo ficticio y lo poético. Owen hizo literatura con las anécdotas predilectas de su propia vida; quizá no terminemos de descubrir dónde empiezan ni dónde acaban las imágenes en el espejo. €

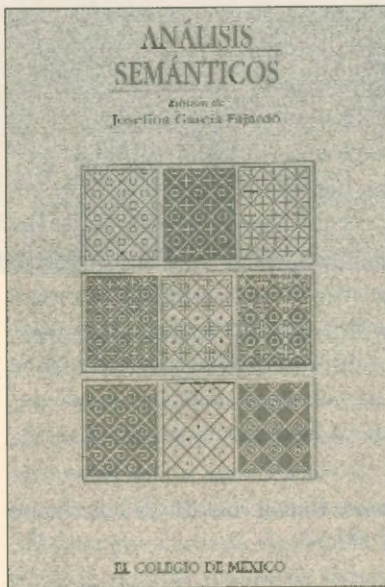
<sup>14</sup> Christopher Domínguez Michael, “Los hijos de Ixión”, en *Los Contemporáneos en el...*, p. 233





# SERIE ESTUDIOS DEL LENGUAJE

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios



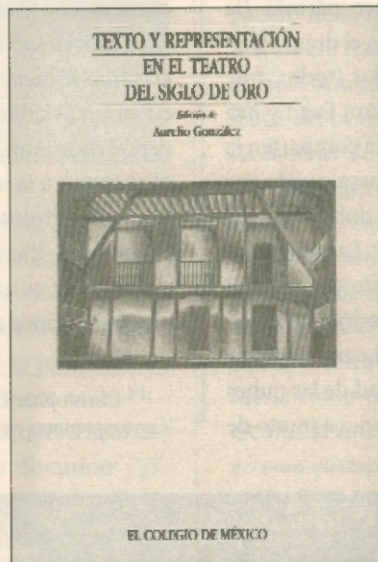
**Análisis semánticos (1996)**

I

Edición de

**Josefina García Fajardo**

La aplicación de diversas aportaciones de la semántica, dirigida al análisis de materiales, muestra sus frutos en los ámbitos morfosintácticos, la estructura del texto, la construcción de modelos teóricos y los sistemas de inteligencia artificial. Éstos son los terrenos a los que los autores del presente volumen dirigen el instrumento semántico.



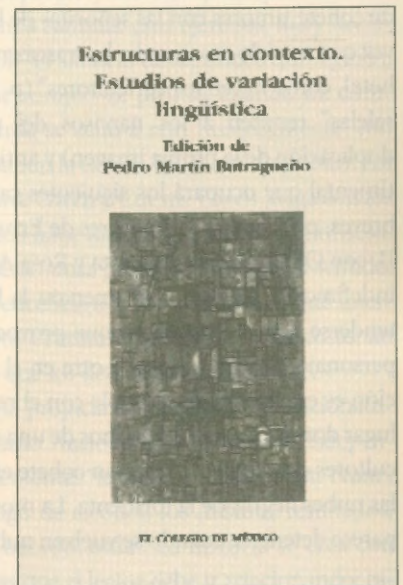
**Texto y representación en el teatro del Siglo de Oro (1997)**

II

Edición de

**Aurelio González**

El presente volumen reúne una serie de trabajos sobre obras dramáticas del Siglo de Oro (Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón y Calderón de la Barca), y tiene como común denominador el interés por los elementos de representación contenidos en dichas obras.



**Estructuras en contexto. Estudios de variación lingüística (2000)**

III

Edición de

**Pedro Martín Butragueño**

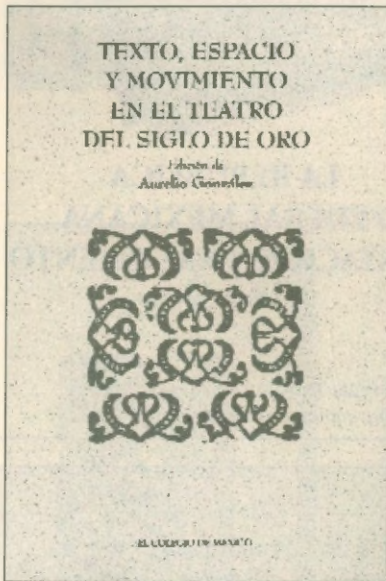
Se ha observado en diferentes ocasiones que la sociolingüística variacionista no era otra cosa que dialectología social o urbana. Esto es en parte cierto y en parte falso. Por un lado, existe una relativa continuidad de propósitos y de métodos. Por otro, hay varias diferencias sustanciales, la más importante tiene que ver con la hipótesis básica desarrollada por la dialectología geográfica.

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



## SERIE ESTUDIOS DEL LENGUAJE

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios



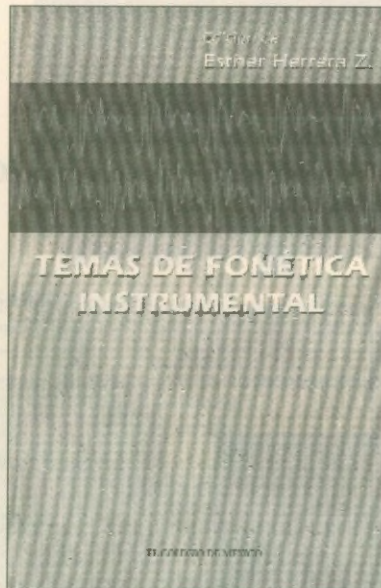
*Texto, espacio y movimiento  
en el teatro del Siglo de Oro (2000)*

IV

Edición de

**Aurelio González**

El presente volumen recoge un conjunto de artículos sobre el teatro español de los Siglos de Oro, especialmente sobre obras de Lope de Vega, pero también de Cervantes, Quevedo y Tirso de Molina cuya línea conductora, como en *Texto y representación en el teatro del Siglo de Oro* publicado en esta misma serie, es la relación que existe entre el texto dramático (el discurso literario) y el texto espectacular (los mecanismos de escenificación).



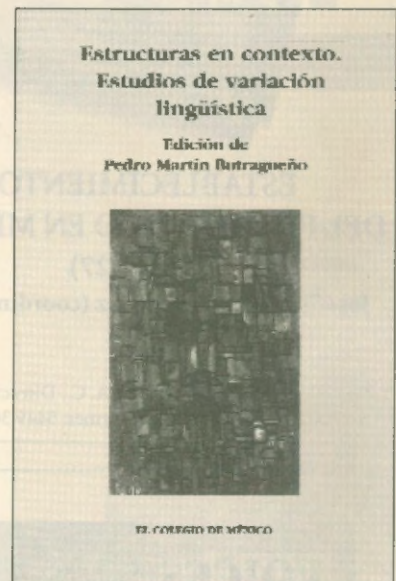
*Temas de fonética instrumental (2001)*

V

Edición de

**Esther Herrera Z.**

Este libro propone un original acercamiento al estudio de los patrones fónicos del lenguaje. En los cuatro trabajos que incluye, la hipótesis fonológica se entreteje con los finos hilos de la fonética acústica. Formantes, tonía, frecuencia fundamental, decibels y demás, constituyen la sustancia fónica en la que se anclan los sistemas fonológicos.



*El habla infantil  
en cuatro dimensiones (2003)*

VI

Editora

**Rebeca Barriga Villanueva**

En los últimos años la adquisición del lenguaje ha estado en el centro del interés de los estudios de la lingüística mexicana. Los hallazgos sobre la adquisición y desarrollo del español empiezan a oírse con voz propia y fuerte. Precisamente, en este libro, el habla de niños entre dos y nueve años, hablantes de español mexicano, es el personaje principal. Su habla es atravesada por diferentes miradas teóricas, métodos y tipos de análisis para dar cuenta de algún nivel de estructuración.

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



## PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MÉXICO



### ESTABLECIMIENTO DEL FEDERALISMO EN MÉXICO (1821-1827)

Josefina Zoraida Vázquez (coordinadora)

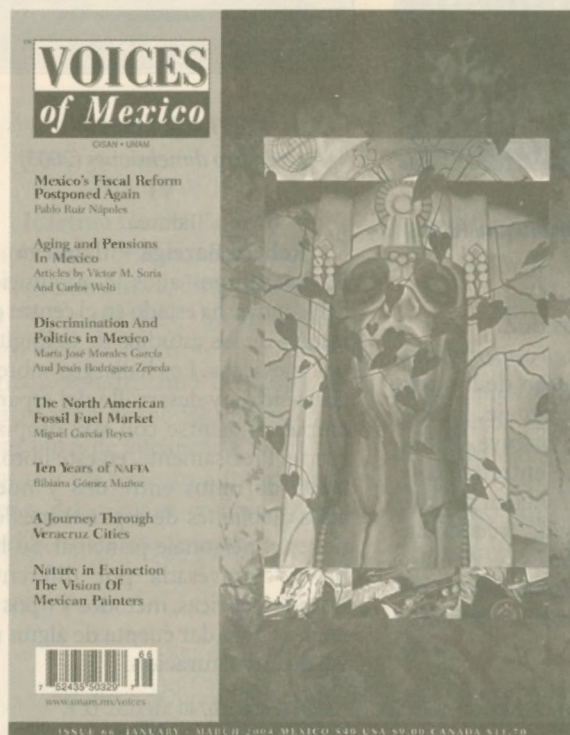
**EL COLEGIO  
DE MÉXICO**



### LA REPÚBLICA FEDERAL MEXICANA GESTACIÓN Y NACIMIENTO

Manuel Calvillo

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

**VOICES  
of Mexico**

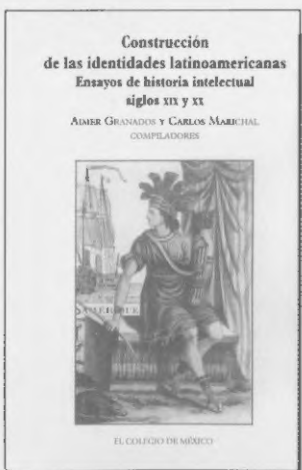
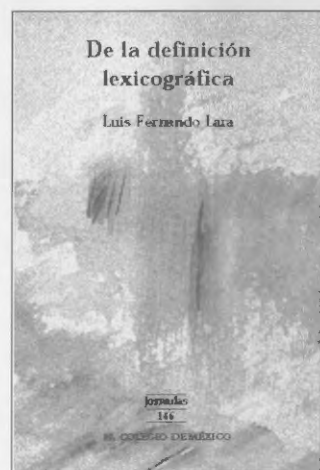
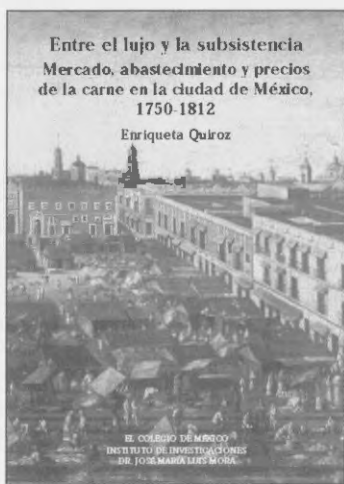
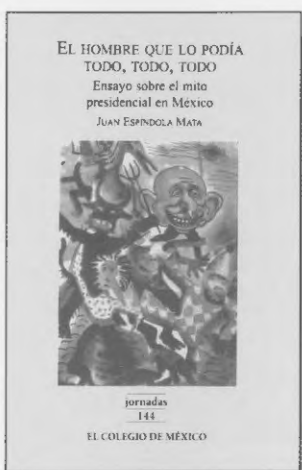
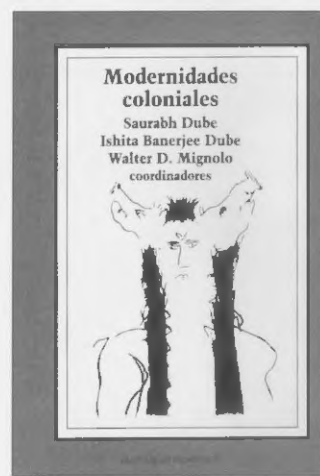
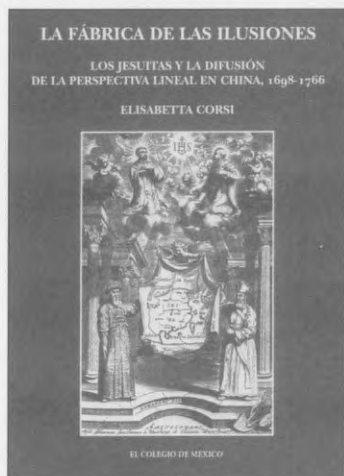
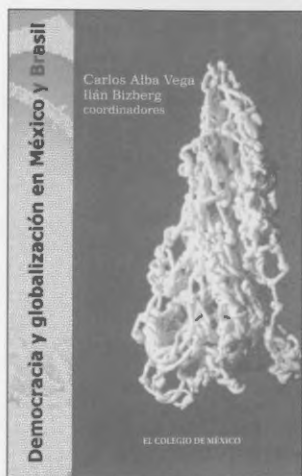
SUSCRIPCIONES

Canadá 203, Col. San Lucas, 04030 México, D.F.  
Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595,  
5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx

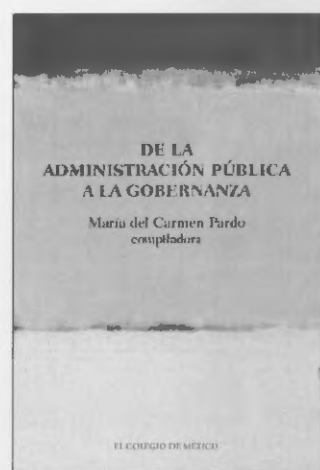


# NOVEDADES

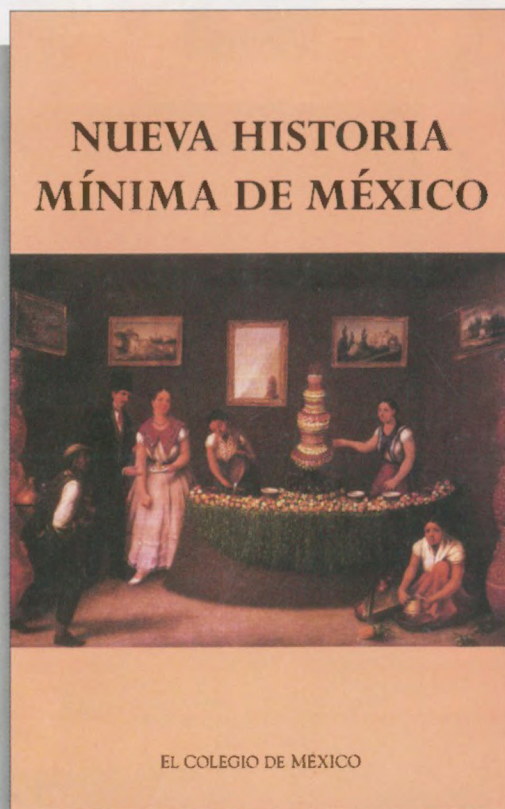


**EL COLEGIO DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.  
Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx







**E**l Colegio de México publicó en 1973 una primera versión de la *Historia mínima de México* con el fin de proporcionar la dosis mínima de conocimiento histórico requerido por cualquier mexicano de entonces. En esa pequeña obra participaron cinco autores que plasmaron lo que en el momento se consideraba la visión más sintética y acertada del pasado de este país. Ediciones posteriores incorporaron un estudio adicional de los años recientes, pero la obra permaneció básicamente inalterada hasta la llegada del siglo XXI.

Sin apartarse del propósito de concreción y sencillez que guió a la vieja *Historia mínima de México*, la presente es una obra completamente nueva: por sus siete autores, por su división temática, por sus planteamientos, por su explicación, por su cobertura más amplia y, sobre todo, por su visión más moderna y mejor fundada –tanto como lo permite el conocimiento más avanzado y perfeccionado de que disponemos en estos primeros años del siglo XXI.

La *Nueva historia mínima de México* es, a la vez, una historia no sólo nueva, sino también innovadora. El lector encontrará en sus páginas, perspectivas y explicaciones que le permitirán un conocimiento básico y ameno de la historia de México.